

El Sacerdote promotor de la Sinodalidad



*Programa de Formación
Permanente 2024*



ventas@fototecnia.com.mx

D. R. © 2021

Impreso y hecho en México.
Printed and made in México

Fototecnia, S.A. de C.V.

Miguel Blanco 1033 S.J. Zona Centro C.P. 44100
Tels. 3336 13 2479 | 3336 13 9347
Guadalajara, Jalisco, México..
ventas@fototecnia.com.mx

Todos los derechos reservados. Aparte de los usos legales relacionados con la investigación, el estudio privado, la crítica o la reseña, esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, en español o cualquier otro idioma, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, inventado o por inventar, sin el permiso expreso, previo y por escrito del autor.



Les saludamos con nuestros mejores deseos de bien en el Señor.

Por encargo del **Sr. Cardenal José Francisco Robles Ortega**, Arzobispo de Guadalajara, la Comisión que presidimos presenta el programa de actividades para el año que, en la providencia de Dios, estamos por iniciar.

Decía el Papa San Juan Pablo II en la Exhortación apostólica *Pastores Dabo Vobis*: «Los presbíteros son, en la Iglesia y para la Iglesia, una representación sacramental de Jesucristo, Cabeza y Pastor, proclaman con autoridad su palabra; renuevan sus gestos de perdón y de ofrecimiento de la salvación, principalmente con el Bautismo, la Penitencia y la Eucaristía; ejercen, hasta el don total de sí mismos, el cuidado amoroso del rebaño, al que congregan en la unidad y conducen al Padre por medio de Cristo en el Espíritu».

El servicio de los presbíteros en la Iglesia y en el mundo es muy valioso en cuanto que su consagración colabora en la consagración de los bautizados y acompaña a la sociedad en general con una visión de caridad y esperanza ofreciendo la buena nueva de la salvación. Cada cual con su testimonio y servicio participan en una sociedad que espera “cielos nuevos y tierra nueva”.

Ante este ser y quehacer de los presbíteros es necesario mantenernos en lo que se le ha llamado una formación permanente, que luego de la formación inicial en la vida cristiana y en el Seminario, la actualización y la retroalimentación se han vuelto indispensables. La Comisión Diocesana para la Formación Integral del Presbiterio ofrece para el año civil 2024 ejercicios espirituales, semana de cursos intensivos, cursos presenciales o virtuales, jornadas de convivencia y estudio, jornadas de encuentro, temarios para reuniones de decanato, etc., al tiempo que se desea puntualizar algunos aspectos de este plan de trabajo:

1. Es indispensable que año con año se busquen los tiempos para los propios ejercicios espirituales y el curso de formación permanente. En caso de no poder asistir cuando se ha asignado a la propia generación, informar a la Secretaría de la Comisión de Formación Permanente la nueva fecha elegida para participar.
2. Los cursos de formación permanente para los sacerdotes de 1 a 5 años han resultado una acertada experiencia, por lo que se recuerda, debido a la secuencia que se tiene en el temario de los cinco años, que no es posible cambiarlos por otro curso ofrecido en alguna modalidad diferente o según la decisión de la generación.
3. Se recuerda que tanto para ejercicios espirituales como cursos de formación permanente, la cuota de recuperación es cubierta al menos por la mitad por la Parroquia o institución donde se sirve y el resto por el sacerdote participante.
4. En los ejercicios espirituales y en los cursos intensivos de una semana, el ingreso es al mediodía del lunes y la clausura, al mediodía del viernes, de manera que se prevea en las actividades personales y en los tiempos de traslado.
5. En caso de que los ejercicios espirituales o la formación permanente se busque realizar por generación, se ruega que hacia el mes de Julio del año previo se de aviso a la Comisión de Formación Permanente con el fin de no ser incluidos en el programa anual.



Queremos agradecer a los sacerdotes que colaboran como representantes de los diferentes decanatos y generaciones, pues su servicio de enlace ha sido muy provechoso. Las dos reuniones al año que se han tenido han favorecido la comunicación no solo de los proyectos y programas de formación, sino de la sentida necesidad de formación permanente de los presbíteros.

Igualmente vaya de nuestra parte el reconocimiento y agradecimiento para quienes colaboran en el equipo de Comisión de Formación Permanente de nuestra Arquidiócesis.

En oración y comunión.

Mons. Manuel González Villaseñor.
Obispo Auxiliar y
Coordinador de la CODIFIP.

Mons. Ramón Salazar Estrada.
Obispo Auxiliar y
Coordinador de la CODIFIP.

Comisión Diocesana para la Formación Integral del Presbiterio

OBISPOS RESPONSABLES

Exmo. Sr. Obispo D. Manuel González Villaseñor
Exmo. Sr. Obispo D. Ramón Salazar Estrada

Pbro. Marco Antonio García Martínez
Secretario Ejecutivo

Pbro. José Antonio González Borroel
Secretario Adjunto

Atziri Arjona Sepúlveda
Secretaria Auxiliar

DIMENSION HUMANA

Pbro. Ramón Duarte Miranda

Pbro. Rafael Ramírez Lamas

DIMENSION ESPIRITUAL

Pbro. Humberto Ascencio Plascencia

Pbro. Walter Omar Pérez Angulo

DIMENSION INTELECTUAL

Pbro. Juan Carlos Mayorga Enríquez

Pbro. Paulo César Barajas García

DIMENSION PASTORAL

Pbro. Santiago Navarro Chávez

Pbro. Gregorio Godoy Rivas

Vinculación con el Seminario

Índice

Comisión Integral Diocesana para la Formación Integral del Presbiterio.	3
Carta al presbiterio.	4
 Tandas de Ejercicios Espirituales y Formación Permanente.	
Calendario 2024 Celebraciones Diocesanas.	13
Tandas de Ejercicios Espirituales 2024.	17
Tandas de Formación Permanente para los primeros 5 años.	18
 Temas de los Retiros Espirituales.	
TEMA 1. Claves para comprender la importancia de la sinodalidad en la vida de la Iglesia.	21
TEMA 2. Para una Iglesia sinodal: comunión, participación y misión.	33
TEMA 3. Iglesia y Sínodo son sinónimos: San Juan Crisóstomo.	43
TEMA 4. Atentados contra la sinodalidad: auto-referencialismo, individualismo y clericalismo.	53
TEMA 5. El sacerdote a la esucha del Pueblo de Dios.	63

TEMA 6. La Sagrada Escritura, luz y guía de la sinodalidad.....	71
TEMA 7. La fraternidad sacerdotal, alma y reflejo de la sinodalidad.....	81
TEMA 8. La Virgen María, modelo de sinodalidad.....	89
 Temas de Estudio.	
TEMA 1. Hacia una Teología de la Sinodalidad.....	99
TEMA 2. Enoc, el que caminaba con Dios (Gen 5,22).....	111
TEMA 3. Hacia un modelo de liderazgo sacerdotal más sinodal.....	121
TEMA 4. De la autorreferencia a la sinodalidad.....	131

**“Te recomiendo que
reavives el carisma de
Dios que está en ti por
la imposición de mis
manos”**

2 Timoteo 1, 6

Celebraciones Diocesanas 2024

CALENDARIO 2024 DE CELEBRACIONES DIOCESANAS

EVENTO	LUGAR	FECHA	HORA
Peregrinación al Santuario de Guadalupe	Santuario De Guadalupe	Viernes 12 de Enero	12:00 hrs.
Mensaje de Cuaresma	Seminario Menor	Miércoles 7 de Febrero	10:30 hrs.
Reunión De Animadores De Decanato Y Coordinadores De Generaciones	Casa De Ejercicios	Miércoles 6 de Marzo	10:30 hrs.
Encuentro Fraternal Con Sacerdotes Jubilados	Seminario Mayor	Jueves 7 de Marzo	11:00 hrs.
Misa Crismal Y Renovación De Promesas	Catedral Metropolitana	Jueves 28 de Marzo	10:00 hrs.
Ordenaciones Sacerdotales	Santuario De Los Mártires	Domingo 19 de Mayo	10:00 hrs.
Jesucristo Sumo y Eterno Sacerdote	Templo Expiatorio	Jueves 23 de Mayo	11:00 hrs.
Torneo Deportivo	Canchas De La Coca-Cola	Jueves 20 de Junio	10:30 hrs.
Dia Del Párroco	Lugar Por Definir	Viernes 2 de Agosto	11:30 hrs.
XXXII Jornada De Estudio Y Convivencia Sacerdotal	UNIVA	Martes 17, Miércoles 18 y Jueves 19 de Septiembre	10:00 hrs.
Reunión De Animadores De Decanato Y Coordinadores De Generaciones	Casa De Ejercicios	Miércoles 9 de Octubre	10:30 hrs.
Torneo Deportivo	Canchas De La Coca-Cola	Jueves 17 de Octubre	10:30 hrs.
POSADA SACERDOTAL	Lugar por definir	Jueves 19 de Diciembre	10:30 hrs.

Tandas de Ejercicios Espirituales y Formación Permanente 2024

TANDAS DE EJERCICIOS ESPIRITUALES 2024

SEMANA	FECHA	GENERACIONES	LUGAR
1°	15 al 19 de enero	2021 y 2022 A	Casa De Ejercicios
2°	22 al 26 de enero	2019 y 2022 B	Casa De Ejercicios
3°	29 de enero al 02 de febrero	2018 y 2023	Casa De Ejercicios
4°	22 al 26 de abril	1984 y anteriores	Casa De Ejercicios
5°	13 al 17 de mayo	2010, 2011, 2013, 2014, 2015 y 2016	Casa De Ejercicios
6°	19 al 23 de agosto	Del 2000 a la 2005 y 2008	Casa De Ejercicios
7°	26 al 30 de agosto	1986, 1987, 1991, 1992, 1993, 1994, 1997 y 1998	Casa De Ejercicios
8°	21 al 25 de octubre	Contemplativos	Casa De Oracion Santísima Trinidad
9°	18 al 22 de noviembre	Tanda General	Casa De Ejercicios

TANDAS DE FORMACIÓN PERMANENTE 2024

SEMANA	FECHA	GENERACIONES	LUGAR
1°	11 al 15 de marzo	2019	QUINTA SAN JOSE
2°	15 al 19 de abril	2000 y 2003	QUINTA SAN JOSE
ESPECIAL	29 de abril al 3 de mayo	CURSOS DE INDUCCIÓN	CASA DE EJERCICIOS
3°	03 al 07 de junio	2004 y 2012	CASA DE EJERCICIOS
4°	24 al 28 de junio	2001 y 2002	QUINTA SAN JOSE
5°	1 al 5 de julio	2023	QUINTA SAN JOSE
6°	8 al 12 de julio	2022 A	QUINTA SAN JOSE
7°	22 al 26 de julio	2021	QUINTA SAN JOSE
8°	12 al 16 de agosto	2022 B	QUINTA SAN JOSE
9°	28 de octubre al 1 de noviembre	2020	QUINTA SAN JOSE

Temas de los Retiros Espirituales 2024

TEMA 1

CLAVES PARA COMPRENDER LA IMPORTANCIA DE LA SINODALIDAD EN LA VIDA DE LA IGLESIA

Pbro. Rafael Ramírez Lamas

ORACIÓN INICIAL

(Puede hacerse esta oración breve o algo más elaborado con exposición del santísimo, esto a criterio de quien dirige el retiro).

Ven, Espíritu Santo.

*Tú que suscitas lenguas nuevas
y pones en los labios palabras de vida,
líbranos de convertirnos en una Iglesia de museo,
hermosa pero muda, con mucho pasado y poco futuro.*

*Ven en medio nuestro,
para que en la experiencia sinodal
no nos dejemos abrumar por el desencanto,
no diluyamos la profecía,
no terminemos por reducirlo todo
a discusiones estériles.*

*Ven, Espíritu de amor,
dispón nuestros corazones a la escucha.*

*Ven, Espíritu de santidad,
renueva al santo Pueblo de Dios.*

*Ven, Espíritu creador,
renueva la faz de la tierra.*

Amen

INTRODUCCIÓN.

El hilo conductor de las distintas reflexiones será la ***Sinodalidad***, para esta en consonancia con toda la Iglesia. Por una Iglesia Sinodal: comunión, participación y misión es el tema de la próxima Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, que se celebrará en el Vaticano, en octubre de 2023.

VER CON LOS OJOS DEL PADRE.

La vida de la Iglesia Diocesana transcurre en el tiempo de Dios y en el tiempo de los hombres, Dios guía, pero los hombres no siempre sabemos discernir sus caminos, él siempre quiere que caminemos en sinodalidad veamos:

¿QUÉ ES LA SINODALIDAD?

La sinodalidad denota el estilo particular que califica la vida y misión de la Iglesia, expresando su naturaleza de Pueblo de Dios que camina y se reúne en asamblea, convocado por el Señor Jesús en el poder del Espíritu Santo para anunciar el Evangelio. La sinodalidad debe expresarse en el modo ordinario de vida y de trabajo de la Iglesia. En este sentido, la sinodalidad permite a todo el Pueblo de Dios caminar juntos, escuchando al Espíritu Santo y la Palabra de Dios, para participar de la misión de la Iglesia en la comunión que Cristo establece entre nosotros. En definitiva, este camino de caminar juntos es la forma más eficaz de manifestar y poner en práctica la naturaleza de la Iglesia como Pueblo de Dios peregrino y misionero.

En las parroquias, pequeñas comunidades cristianas, movimientos y asociaciones laicales, comunidades religiosas y otras formas de comunión, mujeres y hombres, jóvenes, niños y ancianos, todos estamos invitados a escucharnos unos a otros para escuchar los

impulsos del Espíritu Santo, que viene a guiar nuestros esfuerzos humanos, infundiéndo vida y vitalidad en la Iglesia y llevándonos a una comunión más profunda para nuestra misión en el mundo.

A medida que la Iglesia se embarca en este camino sinodal, debemos esforzarnos por cimentarnos en experiencias de auténtica escucha y discernimiento en el camino de convertirnos en la Iglesia que Dios nos llama a ser.

La sinodalidad, en esta perspectiva, es mucho más que la celebración de encuentros eclesiales y asambleas de obispos, o una cuestión de simple administración interna en la Iglesia; la sinodalidad indica la específica forma de vivir y obrar de la Iglesia Pueblo de Dios que manifiesta y realiza en concreto su ser comunión en el caminar juntos, en el reunirse en asamblea y en el participar activamente de todos sus miembros en su misión evangelizadora.

23

Compartamos las respuestas a las siguientes preguntas:

- *¿Hemos entendido lo que es la sinodalidad?*

- *¿Cómo sientes que vamos caminando en la sinodalidad en la diócesis y en el decanato*

JUZGAR CON LOS CRITERIOS DEL HIJO.

El cardenal Grech nos da las bases para desarrollar este tema preciso al indicarnos tres puntos: que *la vida sinodal es obra del Espíritu en nosotros, que el sujeto de la sinodalidad es el Pueblo de Dios en su conjunto y que el Pueblo de Dios se realiza en y a partir de las iglesias locales*. Cada Iglesia local es totalmente Iglesia, aunque no sea toda la

Iglesia, porque ha de estar abierta y en comunión con las otras iglesias particulares y la Iglesia de Roma que preside en el amor.

Camino común (con Cristo)

La palabra Sínodo es una palabra muy venerada en la tradición, compuesta por la preposición ‘sin’, que indica ‘con’, y un sustantivo ‘odos’, que indica camino; expresa el camino en común, en este caso, de todos los miembros del Pueblo de Dios. Remite, en primer lugar, al mismo Jesús, caminante y camino. La Iglesia es el Pueblo de Dios que sigue el camino que es Cristo, tratando de avanzar en lo que el Papa Francisco ha llamado la “dimensión constitutiva de la Iglesia”.

La comunión sinodal del Pueblo de Dios

La teología de la sinodalidad ha ingresado en una nueva fase. En esto han incidido varios factores: la enseñanza del Concilio Vaticano II; la experiencia sinodal posconciliar, desde los sínodos diocesanos a los sínodos de los Obispos; el testimonio y el magisterio del Papa Francisco, que ya ha conducido cuatro sínodos, y los aportes de la comunidad teológica, especialmente católica, algunos de los cuales se reflejan en el documento de la Comisión Teológica Internacional promulgado en 2018: La sinodalidad en la vida y la misión de la Iglesia.

Después del Concilio, en amplios sectores del Pueblo de Dios ha madurado la conciencia de la naturaleza comunal de la Iglesia y se están dando diversas experiencias de sinodalidad a nivel diocesano, regional y universal o de la Iglesia entera. La vida y la misión de la Iglesia es un caminar en conjunto, sinodalidad, que tiene momentos de encuentro o de reunión en asamblea para discernir lo que el Espíritu dice a las iglesias, avanzar hacia la meta del Reino de Dios.

Por otra parte, caminar en común remite a la experiencia de la vida apostólica y al hecho de que los cristianos, en los Hechos de los Apóstoles, son llamados “los discípulos del camino”, o “los que siguen el camino”, el camino de Jesús. La Iglesia es el Pueblo de Dios que sigue el camino que es Cristo, como dice el Papa Francisco “el camino de la sinodalidad es el camino que Dios espera de la Iglesia del tercer milenio”^[2].

Las fuentes teologales de la vida sinodal

La Iglesia es el Pueblo de Dios peregrino. Como ha dicho el cardenal Grech, el Pueblo de Dios es el sujeto propio de la sinodalidad. Pero tiene su fuente en el misterio mismo de Dios que, por la encarnación del Hijo y el don del Espíritu, ha venido a caminar con nosotros. Por eso la primera fuente de la vida sinodal o de la comunión sinodal es el hecho de que la Iglesia es el pueblo reunido por la comunión de la Santísima Trinidad. Podemos decir que esta es la dimensión vertical de la sinodalidad. Hay sinodalidad no solo porque hay comunión, hay sinodalidad porque hay historia; es decir, porque vamos recorriendo el camino juntos.

Por cierto, el modelo y la fuente que es Jesús, camino de Dios hacia el ser humano y camino de los seres humanos hacia Dios, nos indica el camino más perfecto que es el camino del amor, que hemos de ir recorriendo como compañeros de camino sinodales o miembros del Pueblo de Dios.

El Pueblo de Dios es como una caravana mesiánica, porque Dios ha querido que no andemos de forma aislada, sin relación entre nosotros, sino constituyendo un pueblo, como enseña *Lumen gentium* (n. 9). Como toda la comunión eclesial, la sinodalidad está

ligada a una presencia particular del Espíritu, es fuente de comunión. La comunión sinodal es comunión en el Espíritu Santo y, por eso, el Espíritu es el sujeto principal de la sinodalidad misionera de la Iglesia.

Praxis de la sinodalidad

En línea con el Vaticano II, la nueva comprensión y praxis de la sinodalidad es un desarrollo del acontecimiento y de la enseñanza conciliar. Tengamos presente la arquitectura o la lógica sustancial de la constitución *Lumen gentium*: El misterio de la Iglesia, capítulo primero; vive, se desarrolla, como Pueblo Peregrino de Dios, capítulo segundo; a cuyo servicio está la constitución jerárquica de la Iglesia, especialmente del Episcopado, centrado, animado o reunido por el Obispo de Roma que confirma en la fe. La sinodalidad expresa la condición propia de sujeto de todo el Pueblo de Dios y de todos en el Pueblo de Dios. Lo que es de toda la Iglesia ha de ser de todos en la Iglesia. Todos convocados a la santidad, todos convocados en la misión, todos convocados a la sinodalidad.

El discernimiento comunitario implica la escucha atenta y valiente de los “gemidos del Espíritu” (Rm 8, 26) que se abren camino a través del grito explícito o también mudo, que brota del Pueblo de Dios: “escucha de Dios, hasta escuchar con él el clamor del pueblo; escucha del pueblo, hasta respirar en él la voluntad a la que Dios nos llama”^{[3].[4]}

Este es el fundamento de lo desarrollado por el cardenal Grech al invitarnos a escuchar al conjunto de los fieles y al sentido de fe de los miembros comunes del Pueblo de Dios. Todos llamados a escuchar y a decir una palabra, todos llamados a escucharnos mutuamente, todos llamados a escuchar, dejarnos animar y secundar la opción del Espíritu de Dios.

Niveles de la sinodalidad

En este conjunto, la Iglesia aparece como una pirámide invertida. En su discurso en el 50 aniversario del Sínodo de los Obispos, el Papa Francisco habló de la Iglesia no solo superando la vieja imagen piramidal de una jerarcología, de una reducción de la Iglesia solo a su núcleo jerárquico; sino que también habló de la Iglesia sinodal como una pirámide invertida, donde la base del Pueblo de Dios se pone en su cúspide, y donde la cúspide del ministerio, sobre todo del ministerio ordenado, particularmente del ministerio episcopal, se pone en la base. Esta estructura triádica, todos, algunos, uno, es una forma de expresar hoy la vida sinodal.

En este marco de **tres niveles** –los niveles de la vida de la Iglesia a nivel local, regional y de la Iglesia entera– se **comienza por la Iglesia local**, porque es allí donde se realiza en concreto una porción del Pueblo de Dios, en una porción de humanidad concreta, social y culturalmente situada. Es aquí donde cabría hablar de los diversos sujetos, las diversas estructuras y los diversos procesos sinodales en una Iglesia local particularmente diocesana. Junto a la vida diocesana como primera instancia sinodal, deben verse el servicio de los ministros particularmente ordenados, los aportes carismáticos de las diversas formas de la vida consagrada y, sobre todo, los carismas laicales de los laicos y de las laicas llamados por su vocación bautismal a ser sujetos plenos de iniciativa y acción en la comunión evangelizadora.

En la Iglesia regional, se ve la sinodalidad al reunirse los obispos de la región para ver el caminar juntos. Y la Iglesia entera o la **Iglesia Universal**, se ve vida sinodal en el Concilio Ecuménico congregado en el Espíritu Santo, con el conjunto del Episcopado uno e indiviso, como instancia al mismo tiempo colegial y sinodal, que agrega sinodalidad y colegialidad.

Mística de la sinodalidad

Sabemos que la fuente de vida que anima a cada uno y a todos en la comunión sinodal del Pueblo de Dios: el Espíritu vivificador, Señor y dador de vida, don espléndido en sus dones, amor personal en Dios y fuente del amor que nos une en la Iglesia y como mensaje y realidad de la fraternidad universal y de la amistad social. Estamos llamados a una conversión integral, personal, comunitaria, institucional, pastoral, a Jesucristo, animada por el Espíritu, para comunicar la alegría del Evangelio, atendiendo a los signos de nuestro tiempo. Y solo el Espíritu es capaz de animar, con una inusitada novedad, la sinodalidad misionera de la Iglesia.

En el libro-entrevista *Soñamos juntos*, el Papa Francisco dedicó largos párrafos a hablar de la sinodalidad y del desborde del Espíritu Santo en la vida de la Iglesia: Mi preocupación como Papa ha sido promover este tipo de desbordes dentro de la Iglesia, reavivando la antigua práctica de la sinodalidad. Mi deseo fue dar vida a este antiquísimo proceso, no solo por el bien de la Iglesia, sino como un servicio a la humanidad, a menudo trabada en desacuerdos paralizantes^[7].

ACTUAR CON LA FUERZA DEL ESPIRITU SANTO.

EVITANDO TRAMPAS

Como en cualquier viaje, debemos ser conscientes de los posibles obstáculos, que deben evitarse para promover la vitalidad y la fecundidad del Proceso sinodal.

- 1) La tentación de querer guiarlos a nosotros mismos en lugar de

ser guiados por Dios. La sinodalidad no es un ejercicio estratégico empresarial. Es un proceso espiritual dirigido por el Espíritu Santo.

2) La tentación de centrarnos en nosotros mismos y nuestras preocupaciones inmediatas. El Proceso sinodal es una oportunidad para abrirnos, para mirar a nuestro alrededor, para ver las cosas desde otros puntos de vista y para avanzar en el acercamiento misionero a las periferias.

3) La tentación de ver sólo problemas. Los desafíos y las dificultades que afronta nuestro mundo y nuestra Iglesia son muchos. Fijarnos solo en los problemas nos llevará a sentirnos abrumados y desanimados. Apreciemos dónde el Espíritu Santo está generando vida y veamos cómo podemos dejar que Dios trabaje más plenamente.

4) La tentación de centrarse sólo en las estructuras. El Proceso sinodal, naturalmente, exigirá una renovación de las estructuras en los distintos niveles de la Iglesia. Pero la experiencia de la sinodalidad no debe centrarse ante todo en las estructuras, sino en la experiencia de caminar juntos para discernir el camino a seguir, inspirado por el Espíritu Santo.

5) *La tentación de no mirar más allá de los confines visibles de la Iglesia.* Al expresar el Evangelio en nuestra vida, actuamos como levadura en el mundo en el que vivimos y trabajamos. Un proceso sinodal es un momento para dialogar con personas del mundo de la economía y la ciencia, la política y la cultura, las artes y el deporte, los medios de comunicación y las iniciativas sociales. Debemos tener el panorama más amplio a la vista para cumplir nuestra misión en el mundo.

6) La tentación de perder el foco de los objetivos del Proceso sinodal, el Proceso sinodal mantiene el objetivo de discernir cómo Dios nos llama a caminar juntos hacia adelante.

7) **La tentación del conflicto y la división.** ‘Para que todos sean uno’ (Juan 17, 21). El Espíritu Santo nos lleva a una comunión más profunda con Dios y con los demás. Las semillas de la división no dan fruto. Es en vano intentar imponer las propias ideas a todo el Cuerpo mediante la presión o desacreditar a quienes se sienten de otra manera.

8) **La tentación de tomar las decisiones por mayoría.** La consulta al Pueblo de Dios no implica que se asuman dentro de la Iglesia los dinamismos de la democracia radicados en el principio de la mayoría, porque en la base de la participación en cada proceso sinodal está la pasión compartida por la común misión de evangelización y no la representación de intereses en conflicto.

9) La tentación de escuchar sólo a quienes ya están involucrados en las actividades de la Iglesia. Este enfoque puede ser más fácil de manejar, pero en última instancia ignora una proporción significativa del Pueblo de Dios.

- *¿Caigo en alguna de estas “trampas”?*
- *¿En cuál o cuáles, más habitualmente?*
- *¿Cuáles son más habituales en nuestra realidad eclesial (parroquia, decanal o diocesana)?*

10 ACTITUDES PARA PARTICIPAR EN EL PROCESO SINODAL.

1. *Ser sinodal requiere tiempo para compartir:* Todos pueden crecer en comprensión a través del diálogo.

2. *Somos signos de una Iglesia que escucha y camina:* todos tienen derecho a ser escuchados, así como todos tienen derecho a hablar y caminar juntos.

3. El diálogo nos lleva a la conversión, al cambio y a la novedad:

Estamos llamados a abandonar las actitudes de complacencia y comodidad que nos llevan a tomar decisiones basándose únicamente en cómo se han hecho las cosas en el pasado. Sino que estar con una mente abierta.

4. *La sinodalidad requiere llega a acuerdos y consensos (para avanzar)* Para el Papa Francisco, la sinodalidad es un espacio de acción del Espíritu Santo para renovar la comunión entre nosotros, logrando acuerdos y consensos que nos ayuden a avanzar.

5. *En armonía (con la riqueza de las diferencias)* “En la dinámica de un Sínodo, las diferencias se expresan y se pulen hasta alcanzar una armonía que no necesita cancelar los bemoles de las diferencias. Ahí reside su belleza: la armónica que resulta puede ser compleja, rica e inesperada. En la Iglesia, es el Espíritu Santo quien provoca esa armonía”^[2]

6. *Los sínodos son un ejercicio eclesial de discernimiento:* el discernimiento se basa en la convicción de que Dios actúa en el mundo y estamos llamados a escuchar lo que el Espíritu nos sugiere.

7. *Dejar atrás los prejuicios y estereotipos:* El primer paso para escuchar es liberar nuestra mente y nuestro corazón de los prejuicios

y estereotipos que nos llevan por el camino equivocado, hacia la ignorancia y la división.

8. *Superar el flagelo del clericalismo*: La sinodalidad llama a los pastores a escuchar con atención al rebaño confiado a su cuidado, así como llama a los laicos a expresar libre y honestamente sus puntos de vista.

9. *Curar el virus de la autosuficiencia*: todos estamos en el mismo barco. caminar juntos y estar al servicio de los demás.

10. *Dar lugar a la esperanza*: Estamos llamados a ser faros de esperanza, no profetas de fatalidad. Siendo una Iglesia corresponsable.

11. *Una mirada innovadora*: Desarrollar nuevos enfoques, con creatividad y cierta audacia.

12. *Ser inclusivo*: Una Iglesia participativa y corresponsable, abraza a todos aquellos que a menudo olvidamos o ignoramos.

Para la reflexión:

- *¿De cuáles de estas actitudes participo, y de cuáles adolezco?*

- *¿Cuáles habría que potenciar en nuestra realidad eclesial para avanzar en el estilo sinodal de ser Iglesia?*

Quien coordina el retiro concluye con una oración, como el gusto.

TEMA 2

PARA UNA IGLESIA SINODAL: COMUNIÓN, PARTICIPACIÓN Y MISIÓN

Pbro. Lic. Walter Omar Pérez Angulo

VER CON LOS OJOS DEL PADRE.

La Iglesia está en sínodo y está llegando al momento más importante de este camino sinodal. El próximo mes de octubre su santidad el Papa Francisco y los obispos participantes darán término a este proceso que se ha venido estructurando con sus diferentes etapas.

El tema que nos compete reflexionar en este retiro es el título que se ha escogido para la elaboración del documento sinodal: *Para una Iglesia sinodal: comunión, participación y misión*. Estas tres dimensiones están profundamente interrelacionadas. Son los pilares vitales de una Iglesia sinodal. No hay jerarquía entre ellos. Más bien, cada uno enriquece y orienta a los otros dos.

Esto implica un proceso de aprender juntos humildemente cómo Dios nos llama a ser Iglesia en el tercer milenio. Es un proceso de escucha que debe ocurrir en un entorno espiritual que apoye la apertura tanto para compartir como para escuchar. El camino de escucha mutua puede ser una auténtica experiencia de discernimiento de la voz del Espíritu Santo

En varias ocasiones, el Papa Francisco ha compartido su visión de cómo se ve la práctica de la sinodalidad concretamente. Las siguientes son actitudes particulares que permiten una escucha y un diálogo genuinos mientras participamos en el Proceso sinodal.

+ Ser sinodal requiere tiempo para compartir: Estamos invitados a hablar con auténtico coraje y honestidad para integrar libertad, verdad, y caridad. Todos pueden crecer en comprensión a través del diálogo.

+ La humildad al escuchar debe corresponder al coraje al hablar: Todos tienen derecho a ser escuchados, al igual que todos tienen derecho a hablar. El diálogo sinodal depende de la valentía tanto para hablar como para escuchar. No se trata de entablar un debate para convencer a otros. Más bien, es acoger lo que otros dicen como una forma en que el Espíritu Santo puede hablar por el bien de todos.

+ El diálogo nos lleva a la novedad: Debemos estar dispuestos a cambiar nuestras opiniones basándonos en lo que hemos escuchado de los demás.

+ La apertura a la conversión y al cambio: A menudo podemos resistirnos a lo que el Espíritu Santo está tratando de inspirarnos a emprender. Estamos llamados a abandonar las actitudes de complacencia y comodidad que nos llevan a tomar decisiones basándose únicamente en cómo se han hecho las cosas en el pasado.

+ Los sínodos son un ejercicio eclesial de discernimiento: El discernimiento se basa en la convicción de que Dios está obrando en el mundo y estamos llamados a escuchar lo que el Espíritu nos sugiere.

+ Somos signos de una Iglesia que escucha y camina: Al escuchar, la Iglesia sigue el ejemplo de Dios mismo, que escucha el grito de su pueblo. El Proceso sinodal nos brinda la oportunidad de abrirnos a escuchar de manera auténtica, sin recurrir a respuestas prefabricadas o juicios pre-formulados.

+ Deja atrás prejuicios y estereotipos: Podemos sentirnos

abrumados por nuestras debilidades y pecaminosidad. El primer paso para escuchar es liberar nuestra mente y nuestro corazón de los prejuicios y estereotipos que nos llevan por el camino equivocado, hacia la ignorancia y la división

+ Supera el flagelo del clericalismo: La Iglesia es el Cuerpo de Cristo lleno de diferentes carismas en los que cada miembro tiene un papel único que desempeñar. Todos somos interdependientes unos de otros y todos compartimos la misma dignidad en medio del santo Pueblo de Dios. A imagen de Cristo, el verdadero poder es el servicio. La sinodalidad llama a los pastores a escuchar con atención al rebaño confiado a su cuidado, así como llama a los laicos a expresar libre y honestamente sus puntos de vista. Todos nos escuchamos por amor, en espíritu de comunión y de misión común. Así, el poder del Espíritu Santo se manifiesta de múltiples formas en y a través de todo el Pueblo de Dios.

+ Cura el virus de la autosuficiencia: Todos estamos en el mismo barco. Juntos formamos el Cuerpo de Cristo. Dejando de lado el espejismo de la autosuficiencia, podemos aprender unos de otros, caminar juntos y estar al servicio de los demás. Podemos construir puentes más allá de los muros que a veces amenazan con separarnos: edad, género, riqueza, capacidad, educación, etc.

+ Superando ideologías: Debemos evitar el riesgo de dar mayor importancia a las ideas que a la realidad de la vida de fe que las personas viven de manera concreta.

+ Da lugar a la esperanza: Hacer lo que es correcto y verdadero no busca llamar la atención o aparecer en los titulares, sino que busca ser fiel a Dios y servir a su pueblo. Estamos llamados a ser faros de esperanza, no profetas de fatalidad.

+ Los sínodos son un momento para soñar y “pasar tiempo con el futuro”: Se nos anima a crear un proceso local que inspire a las

personas, sin excluir a nadie, para crear una visión del futuro llena de la alegría del Evangelio.

JUZGAR CON LOS CRITERIOS DEL HIJO.

Después de analizar toda la realidad a la que el sínodo nos conduce podremos dar el siguiente paso y hacernos la pregunta ¿Cómo el sínodo nos presenta tener nuevas disposiciones y mirar hacia adelante en un mundo que cambia aceleradamente?

Las siguientes disposiciones nos ayudarán a ver los retos y tareas a que nos compromete el sínodo:

- Una perspectiva innovadora: Desarrollar nuevos enfoques, con creatividad y una cierta audacia.
- Ser inclusivo: Una Iglesia participativa y corresponsable, capaz de apreciando su propia rica variedad, abarca todos aquellos que a menudo olvidamos o ignoramos.
- Una mente abierta: Evitemos las etiquetas ideológicas y hagamos uso de todas las metodologías que han dado sus frutos.
- Escuchando a todos y cada uno: Aprendiendo unos de otros, podemos reflejar mejor la maravillosa realidad multifacética que la Iglesia de Cristo debe ser.
- Comprensión de “viajar juntos”: Caminar por el camino que Dios llama a la Iglesia a emprender el tercer milenio.
- Entender el concepto de Iglesia corresponsable: Valorar el papel y la vocación únicos de cada miembro del Cuerpo de Cristo, para la renovación y edificación de toda la Iglesia.
- Llegar a través del diálogo ecuménico e interreligioso: Soñar juntos y caminar unos con otros a lo largo de toda la familia humana.

EVITAR UNA SERIE DE TRAMPAS.

- 1) La tentación de querer guiarnos a nosotros mismos en lugar de ser guiados por Dios. La sinodalidad no es un ejercicio estratégico empresarial. Más bien es un proceso espiritual dirigido por el Espíritu Santo. Podemos sentirnos tentados a olvidar que somos peregrinos y servidores del camino que Dios nos ha marcado. Nuestros humildes esfuerzos de organización y coordinación están al servicio de Dios que nos guía en nuestro camino. Somos barro en las manos del Alfarero divino (Isaías 64: 8).
- 2) La tentación de concentrarnos en nosotros mismos y en nuestras preocupaciones inmediatas. El Proceso sinodal es una oportunidad para abrirnos, mirar a nuestro alrededor, ver las cosas desde otros puntos de vista, y avanzar en el acercamiento misionero a las periferias. Esto nos obliga a pensar a largo plazo. Esto también significa ampliar nuestras perspectivas a las dimensiones de toda la Iglesia y hacer preguntas como: ¿Cuál es el plan de Dios para la Iglesia aquí y ahora? ¿Cómo podemos implementar el sueño de Dios para la Iglesia a nivel local?
- 3) La tentación de ver solo “problemas”. Los desafíos, las dificultades y las dificultades que enfrenta nuestro mundo y nuestra Iglesia son muchos. Sin embargo, fijarnos en los problemas solo nos llevará a sentirnos abrumados, desanimados y cínicos. Podemos perder la luz si nos enfocamos solo en la oscuridad. En lugar de centrarse solo en lo que no va bien, apreciemos dónde el Espíritu Santo está generando vida y veamos cómo podemos dejar que Dios trabaje más plenamente.
- 4) La tentación de enfocarse solo en estructuras. El Proceso sinodal, naturalmente, exigirá una renovación de las estructuras en los distintos niveles de la Iglesia, a fin de fomentar una comunión más profunda, una participación más plena y una misión más fructífera. Al mismo tiempo, la experiencia de la sinodalidad no debe centrarse ante todo en las estructuras, sino en la experiencia de caminar juntos

para discernir el camino a seguir, inspirado por el Espíritu Santo. La conversión y renovación de estructuras se producirá únicamente mediante la conversión y renovación continua de todos los miembros del Cuerpo de Cristo.

5) La tentación de no mirar más allá de los confines visibles de la Iglesia. Al expresar el Evangelio en nuestra vida, los laicos y laicos actúan como levadura en el mundo en el que vivimos y trabajamos. Un proceso sinodal es un momento para dialogar con personas del mundo de la economía y la ciencia, la política y la cultura, las artes y el deporte, los medios de comunicación y las iniciativas sociales. Será un momento para reflexionar sobre la ecología y la paz, los problemas de la vida y la migración. Debemos tener el panorama más amplio a la vista para cumplir nuestra misión en el mundo. También es una oportunidad para profundizar el viaje ecuménico con otras denominaciones cristianas y para profundizar nuestro entendimiento con otras tradiciones religiosas.

38

6) La tentación de perder el foco de los objetivos del Proceso sinodal. A medida que avanzamos en el camino del Sínodo, debemos tener cuidado de que, si bien nuestras discusiones pueden ser de amplio alcance, el Proceso sinodal mantiene el objetivo de discernir cómo Dios nos llama a caminar juntos hacia adelante. Ningún proceso sinodal resolverá todas nuestras preocupaciones y problemas. La sinodalidad es una actitud y un enfoque de avance corresponsable y abierto a acoger juntos los frutos de Dios a lo largo del tiempo.

7) La tentación del conflicto y división. “Para que todos sean uno” (Juan 17:21). Esta es la oración ardiente de Jesús al Padre, pidiendo la unidad entre sus discípulos. El Espíritu Santo nos lleva a una comunión más profunda con Dios y con los demás. Las semillas de la división no dan fruto. Es en vano intentar imponer las propias ideas a todo el Cuerpo mediante la presión o desacreditar a quienes se sienten de otra manera.

8) La tentación de tratar el Sínodo como una especie de parlamento. Esto confunde la sinodalidad con una ‘batalla política’ en la que para gobernar un bando debe derrotar al otro. Es contrario al espíritu de sinodalidad antagonizar a otros o alentar conflictos divisorios que amenacen la unidad y comunión de la Iglesia.

9) La tentación de escuchar solo a aquellos que ya están involucrados en las actividades de la Iglesia. Este enfoque puede ser más fácil de manejar, pero en última instancia ignora una proporción significativa del Pueblo de Dios.

ACTUAR CON LA FUERZA DEL ESPIRITU SANTO.

Las tres palabras del tema del sínodo: comunión, participación y misión son la acción que el Espíritu Santo logra en la Iglesia, sin él no hay comunión, ni participación y mucho menos misión. El papa Francisco nos enseña que las palabras clave del Sínodo son tres: comunión, participación y misión. Comunión y misión son expresiones teológicas que designan el misterio de la Iglesia, y es bueno que hagamos memoria de ellas.

El Concilio Vaticano II precisó que la comunión expresa la naturaleza misma de la Iglesia y, al mismo tiempo, afirmó que la Iglesia ha recibido «la misión de anunciar el reino de Cristo y de Dios e instaurarlo en todos los pueblos, y constituye en la tierra el germen y el principio de ese reino», por medio de esas dos palabras, contempla e imita la vida de la Santísima Trinidad, misterio de comunión “hacia dentro” y fuente de misión “hacia fuera”.

La comunión y la participación nos animan a una misión que se dirija de manera personal a todo hombre y mujer que espera ansiosa el mensaje del Hijo de Dios, que murió y resucitó por nosotros, como así también la vida nueva que Él viene a traernos. En el ir y venir vertiginoso de este tiempo podemos correr el riesgo de caer en una

vida de fe intimista, cerrada en nosotros mismos, por eso debemos trabajar en una vivencia más profunda y vivificante del misterio de Cristo y de la Iglesia. Profundizando en las Palabras claves del camino sinodal: “Participación, comunión y misión”.

Participación: Una llamada a la participación de todos los que pertenecen al Pueblo de Dios -laicos, consagrados y ordenados- para que se comprometan en el ejercicio de la escucha profunda y respetuosa de los demás. Esta actitud crea un espacio para escuchar juntos al Espíritu Santo que guía nuestras aspiraciones en beneficio de la Iglesia. La participación se basa en que todos los fieles están cualificados y llamados a servirse unos a otros a través de los dones que cada uno ha recibido del mismo Espíritu. En una Iglesia sinodal, toda la comunidad, en la libre y rica diversidad de sus miembros, está llamada a rezar, escuchar, analizar, dialogar, discernir y aconsejar para tomar decisiones pastorales que correspondan lo más posible a la voluntad de Dios. Hay que hacer esfuerzos genuinos para asegurar la inclusión de los que están en los márgenes o se sienten excluidos. Hch. 2,1-36

Comunión: En su benévolas voluntad, Dios reúne pueblos distintos, pero con una misma fe, mediante la alianza que ofrece a su pueblo. La comunión que compartimos encuentra sus raíces más profundas en el amor y en la unidad de la Trinidad. Es Cristo quien nos reconcilia con el Padre y nos une entre nosotros en el Espíritu Santo. Juntos, nos inspiramos en la escucha de la Palabra de Dios, a través de la Tradición viva de la Iglesia, y nos basamos en el sentido común de la fe que compartimos. Todos tenemos un rol que desempeñar en el discernimiento y la vivencia de la llamada de Dios a su pueblo. Mc. 16, 15-20

Misión: La Iglesia existe para evangelizar. Nunca podemos concentrarnos en nosotros mismos. Nuestra misión es testimoniar el amor de Dios en medio de toda la familia humana. Este Proceso Sinodal tiene una profunda dimensión misionera. Su objetivo es permitir a la Iglesia que pueda testimoniar mejor el Evangelio,

especialmente con aquellos que viven en las periferias espirituales, sociales, económicas, políticas, geográficas y existenciales de nuestro mundo. De este modo, la sinodalidad es un camino a través del cual la Iglesia puede cumplir con más fruto su misión de evangelización en el mundo, como levadura al servicio de la llegada del Reino de Dios.

Por último, una serie de preguntas que nos ayuda a la reflexión y al dialogo sobre el tema expuesto:

¿Qué experiencias de vida has tenido en la Iglesia? ¿De qué modo participaste en ella en las distintas etapas de tu vida? ¿Qué alegrías o momentos edificantes has vivido en la Iglesia?, ¿qué dificultades has tenido en ella? ¿Qué te brinda hoy la Iglesia? ¿Qué esperas hoy de la Iglesia de Guadalajara?, ¿Qué pasos te parece nos invita a dar el Espíritu Santo para que en la Iglesia podamos mejorar y crecer en eso de “caminar juntos” dando lugar a todos y se reavive vida misionera?

ORACION FINAL.

Estamos ante ti, Espíritu Santo, reunidos en tu nombre. Tú que eres nuestro verdadero consejero: ven a nosotros, apóyanos, entra en nuestros corazones. Enséñanos el camino, muéstranos cómo alcanzar la meta. Impide que perdamos el rumbo como personas débiles y pecadoras. No permitas que la ignorancia nos lleve por falsos caminos. Concédenos el don del discernimiento, para que no dejemos que nuestras acciones se guíen por perjuicios y falsas consideraciones. Condúcenos a la unidad en ti, para que no nos desviemos del camino de la verdad y la justicia, sino que en nuestro peregrinaje terrenal nos esforcemos por alcanzar la vida eterna. Esto te lo pedimos a ti, que obras en todo tiempo y lugar, en comunión con el Padre y el Hijo.

TEMA 3

IGLESIA Y SINODO SON SINÓNIMOS, SAN JUAN CRISÓSTOMO.

Pbro. Lic. Santiago Navarro Chávez

ORACIÓN INICIAL.

(Se puede utilizar la siguiente oración o como se acostumbra en cada Decanato)

*¡Ven, Espíritu Santo!
Tú que suscitas lenguas nuevas
y pones en los labios palabras de vida,
líbranos de convertirnos en una Iglesia de museo,
hermosa pero muda, con mucho pasado y poco futuro.*

43

TODOS: ¡Ven, Espíritu Santo!

*Ven en medio nuestro,
para que en la experiencia sinodal
no nos dejemos abrumar por el desencanto,
no diluyamos la profecía,
no terminemos por reducirlo todo
a discusiones estériles.*

TODOS: ¡Ven, Espíritu Santo!

*Ven, Espíritu de amor,
dispón nuestros corazones a la escucha.*

TODOS: ¡Ven, Espíritu Santo!

*Ven, Espíritu de santidad,
renueva al santo Pueblo de Dios.*

TODOS: ¡Ven, Espíritu Santo!

*Ven, Espíritu creador,
renueva la faz de la tierra.
Amen.*

TODOS: ¡Ven, Espíritu Santo!

(oración del Papa Francisco)

44

VER CON LOS OJOS DEL PADRE.

Lo cotidiano de la “sinodalidad”.

Si lugar a dudas, vivimos en diversos espacios eclesiales una “sinodalidad cotidiana”, donde se da la comunión vertebral de nuestra pastoral, por eso vamos a concientizar y valorar estos espacios, que aunque parecen silenciosos, ahí están en las estructuras que dan identidad a nuestra Iglesia particular, la vivencia de ser Pueblo de Dios se manifiesta en realidades de cada día y son soporte invaluable, ahí se da el doble movimiento de escuchar y discernir para emprender los planes y actividades de los planes y programas pastorales que nos hacen ser Iglesia peregrina en constante camino y comunión permanente.

Equipo Coordinador Básico: es un espacio de comunión entre los Pastores y Fieles activos en una comunidad parroquial, en ellos recae la conducción y la animación concreta de la Parroquia, siendo esta la célula de vida cristiana, en donde los fieles alimentan y comparten su fe, es una primera instancia de discernimiento y escucha.

El Decanato: la territorialidad de cada una de las Parroquias, se hermana a otras que comparten escenarios afines y no solo de límites geográficos, es a la vez el espacio idóneo para la puesta de común de acciones pastorales, pero también de encuentro entre personas que comparten sueños, para hacer efectivo el anuncio del Evangelio con acciones de pastoral orgánica y permanente.

Vicaría de Pastoral: Quizás pude parecer un espacio más distante, pero viene a ser un eslabón efectivo de la sinodalidad, porque aquí desembocan todas las inquietudes sentidas y manifestadas para mostrar una Iglesia viva y dinámica, y la Parroquia y el Decanato no la pueden marginar, dado que es precisamente de ahí fluye una corresponsabilidad pastoral que conlleva a la comunión permanente con el Obispo Diocesano.

Por lo tanto, ahora detengámonos un momento para redescubrir y revalorar estos espacios de gracia donde es posible y visible la “sinodalidad pastoral”, será bueno preguntarnos el cómo estamos aportando desde nuestra riqueza personal para que sea haga realidad aquella comunión que lejos de ser una utopía, es una realidad cotidiana.

-¿Qué me corresponde, como pastor de almas para facilitar la escucha, el diálogo y la participación, tanto de mi equipo sacerdotal, como del Rebaño confiado?

-¿Otros espacios donde se vive la sinodalidad cotidiana?

JUZGAR CON LOS CRITERIOS DEL HIJO.

Desafíos de la Iglesia primitiva.

La experiencia de Pentecostés (cfr. Hech 2, 1-12), es un don que empuja a la comunidad siempre hacia adelante y con la fuerza de esta gracia del fuego santo, saben dar la respuesta adecuada ante los retos que se van presentando. Pentecostés es el génesis que inspira la sinodalidad cotidiana de una comunidad cristiana en ciernes, sin el Espíritu Santo se pierde la esencia misma de este caminar juntos, Él empuja, inspira y acompaña siempre a la Iglesia. Sin Pentecostés, no se entendería el milagro de la primera y de la actual Evangelización, es posible con Él, es visible con Él.

Las raíces de la sinodalidad, se encuentran en las experiencias de la comunidad cristiana de Jerusalén, que ante la ausencia de Judas (cfr. Hech 1, 16), saben responder ante el vacío de liderazgo y desde dentro de la misma comunidad de creyentes proponen candidatos (cfr. Hech. 1, 23), hacen el ejercicio de la escucha y el discernimiento en un marco de oración (cfr. Hech. 1, 24). Luego, en la necesidad pastoral de atender a las viudas, no se quedan indiferentes, escuchan y responden rápidamente (cfr. Hech 6, 1), agregan al equipo de los doce, ahora siete auxiliares en el servicio de la caridad (cfr. Hech 6, 5-6).

Ante el ingreso de creyentes no judíos, se dan tensiones en las comunidades cristianas por cuestiones de tradiciones culturales que afectaban la fe de los recién convertidos, es por eso que se sucede el parteaguas del primer Concilio de la historia (cfr. 15, 6-299), allí se escucha, se discierne y se deciden acciones pastorales que benefician el caminar de los discípulos recién llegados a la fe.

Entender la “sinodalidad”

Para los primeros cristianos σύνοδος significa viajar en común, también designa el encuentro en las asambleas litúrgicas. Muy pronto, Eusebio de Cesarea lo tiene ya como un término técnico que reuniones eclesiales y las asambleas episcopales: σύνοδος τῶν ἐπισκοπῶν (sýnodos tôn episkopôn). La palabra se refiere a encuentros de diversos representantes eclesiales y se utilizó como sinónimo de Concilio, indicando así a la Iglesia como comunión de creyentes a partir de la comunión trinitaria. Por eso se extiende su campo semántico similar a ἐκκλησία (ekklēsía) y κοινωνία (koinônia).

Para la Patrística griega, σύνοδος es: camino común, asamblea convocada y comunidad eclesial. En aquí en este contexto que san Juan Crisóstomo plasma su bella fórmula: Ἐκκλησία συνόδου ἐστὶν ὄνομα (Ekklēsía synódou estin ónoma), cuando explica el salmo 149, llama sínodo, a la Iglesia porque ella no es sólo la compañía para los que caminan juntos, sino además el coro que entona el canto de alabanza, es una “sinfonía” a Dios. También porque ella es una comunión de tal modo que cada una puede desarrollar su función coordinada con las otras. Así entonces, los nombres Iglesia y sínodo se volvieron sinónimos. “Sínodo” es un nombre de la Iglesia y la sinodalidad designa el camino participativo de la comunión eclesial.

-Para este siguiente momento de lectura espiritual se puede hacer en común o antes haber preparado copias para un momento personal o de pequeños grupos.

SAN JUAN CRISÓSTOMO, Libro VI parte IV.

El alma del sacerdote ha de brillar como una luz que ilumina el mundo, siendo así que la mía se halla cercada de tinieblas por la mala conciencia, y que anda solícita buscando siempre cómo esconderse porque no puede jamás fijar la vista con confianza en su Señor.

Los sacerdotes son como la sal de la tierra. Pues ahora bien, ¿quién podrá sufrir con paciencia mi insipidez y falta de experiencia en todas las cosas, sino vosotros, que estáis acostumbrados a manifestaros un amor excesivo?

Se junta a esto, que el sacerdote debe, no solamente ser puro para ser digno de tal ministerio, sino también muy prudente, y experimentado en muchas cosas, y saber todos los negocios de la vida humana, no menos que los que se hallan en medio de ellos; pero al mismo tiempo, vivir con un ánimo libre de todos, aún más que los mismos monjes, que eligieron el habitar los montes.

Debiendo tratar con hombres que tienen mujer, mantienen hijos, sustentan criados, se hallan abundantes de riquezas, y manejan los negocios públicos, hallándose constituidos en los principales empleos, conviene que se porte con variedad. Digo con variedad y no con doblez; no sirviendo a la adulación y disimulo, sino obrando con mucha libertad y confianza. Debe saber condescender útilmente, cuando lo pida la naturaleza de los negocios y ser a un tiempo apacible y austero. No pueden ser tratados de un mismo modo todos los súbditos, como tampoco conviene a los médicos el portarse de un mismo modo con los enfermos; ni al piloto el saber un solo camino de combatir con los vientos. Son continuas las tempestades que cercan esta nave; y éstas, no solamente asaltan por afuera, sino que se levantan también por lo interior, y se necesita de gran condescendencia y diligencia y todas estas cosas diferentes miran a un solo punto; esto es, a la gloria de Dios y a la edificación de la Iglesia.

-Y puede haber un momento para compartir

ACTUAR CON LA FUERZA DEL ESPÍRITU SANTO.

Asentar y acentuar la sinodalidad en nuestro cotidiano ministerio pastoral, es sin lugar a dudas, un arte propio del Pastor de Almas, que dedica gran parte de su vida a escuchar y a escudriñar el soplo del Espíritu Santo, que anima a la Iglesia a ser sensible a esta escucha, se dará solo, si se tiene y se da el tiempo suficiente a una vida fuerte y ordenada en la oración, porque es ahí donde el soplo del Espíritu le inspirará las respuestas necesarias y adecuadas a los desafíos del mundo actuar, “estar a solas con quien sabemos nos ama” (Sta. Teresa) no es pérdida de tiempo, es ganancia para una identidad y espiritualidad fuertes y vigorosas.

“El Espíritu Santo, con la fuerza del Evangelio, rejuvenece la Iglesia y la renueva incesantemente. En estos tiempos de crisis, más que nunca, necesitamos la fuerza del Espíritu, que nos une y nos impulsa a ser testigos del Resucitado hasta los confines de la tierra “Sínodo”, etimológicamente, significa “camino que se hace juntos”, “caminar juntos”, y se refiere a lo que la Iglesia es en sí misma. La sinodalidad pertenece a su esencia, como también la dimensión comunitaria o la misión. Por tanto, no es una moda pasajera, un lema vacío o una ocurrencia del Papa. La Iglesia es sinodal en sí misma. Con lograda expresión, san Juan Crisóstomo afirmaba que Sínodo es nombre de Iglesia, es decir, son sinónimos. Por eso el reto, la aventura que se nos propone es la de concretar y desarrollar la experiencia del “nosotros” como moción del Espíritu.”

(Mons. Luis Marín de San Martín OSA)

La Unción Sacerdotal marca al sacerdote para ser el hombre consagrado a la docilidad del Espíritu y siempre ha de estar sensible a sus mociones, dado que sin el Espíritu Santo seríamos como una piedra del camino. Es el Espíritu Santo que da al ministerio pastoral

el sabor y la alegría de quien saborea la dulzura de un Dios que le llamo para ser sal en medio de un mundo agrio por la violencia y el desaliento.

-¿Cultivo mi identidad y espiritualidad sacerdotal con un acompañamiento de dirección espiritual permanente, donde tenga la oportunidad de ser escuchado y de discernir con las luces del Espíritu Santo?

-¿Promuevo y facilito la escucha pastoral en los espacios cotidianos?

ORACIÓN FINAL.

50

Salmo 66

Que todos los pueblos alaben al Señor

*El Señor tenga piedad y nos bendiga,
ilumine su rostro sobre nosotros;
conozca la tierra tus caminos, y
todos los pueblos tu salvación.*

*Oh Dios, que te alaben los pueblos,
que todos los pueblos te alaben.*

*Que canten de alegría las naciones,
porque riges el mundo con justicia,
riges los pueblos con rectitud
y gobiernas las naciones de la tierra.*

*Oh Dios, que te alaben los pueblos,
que todos los pueblos te alaben.*

*La tierra ha dado su fruto,
nos bendice el Señor, nuestro Dios.
Que Dios nos bendiga; que le teman
hasta los confines del orbe.*

TEMA 4

ATENTADOS CONTRA LA SINODALIDAD: AUTORREFERENCIALISMO, INDIVIDUALISMO Y CLERICALISMO

Sr. Pbro. José Antonio González Borroel

VER CON LOS OJOS DEL PADRE.

Es necesario que las comunidades eclesiales, ante la diversidad de situaciones que existen, para poder vivir la Iglesia en forma sinodal, para caminar juntos, independientemente de los procesos eclesiales elegidos, se encuentren todas en el sentimiento común de amor a la Iglesia y en el conocimiento común de lo que la Iglesia es y hace. De lo contrario, su participación en los mecanismos de toma de decisiones, sean cuales sean sus formas, corre el riesgo de convertirse en un ejercicio de poder, tal vez inconsciente, pero a veces interesado.

53

La Iglesia vive un tiempo difícil, es inútil negarlo. Algunos mencionan que vive el momento de la vergüenza en el que debe afrontar la falta de fe y la corrupción también dentro de ella y está llamada a confrontarse con el peso de una cultura impregnada de autorreferencialismo, individualismo y clericalismo, heredados de su historia, y de formas de ejercicio de la autoridad en las que se insertan los diversos tipos de abuso (de poder, económicos, de conciencia, entre otros).

Ante estos señalamientos, podemos decir que como una solución, citando al Papa Francisco, en su alocución en el Aula Pablo VI, a los participantes en el encuentro nacional de los referentes diocesanos del Camino Sinodal italiano, del 25 de mayo de 2023, les recuerda cómo es el rostro de la Iglesia: “Una Iglesia sinodal porque tiene viva conciencia de caminar por la historia en

compañía del Resucitado, preocupada no por salvaguardarse a sí misma y sus propios intereses, sino por servir al Evangelio con un estilo de gratuidad y cuidado, cultivando la libertad y la creatividad propias de quien da testimonio de la buena nueva del amor de Dios, permaneciendo arraigado en lo esencial. Una Iglesia sobrecargada de estructuras, burocracia y formalismo tendrá dificultades para caminar en la historia, al ritmo del Espíritu, al encuentro de los hombres y mujeres de nuestro tiempo”.

El Santo Padre Francisco, insiste en la Obra del Espíritu Santo, como verdadero protagonista del Camino Sinodal. “No nos hagamos ilusiones de que el Sínodo lo hacemos nosotros. Es el Espíritu Santo el protagonista. Es Él quien abre a la escucha a las personas y a las comunidades; es Él quien hace auténtico y fecundo el diálogo; es Él quien ilumina el discernimiento; es Él quien guía las elecciones y las decisiones. Es Él, sobre todo quien crea armonía”.

JUZGAR CON LOS CRITERIOS DEL HIJO.

En la exhortación apostólica “*Evangelii Gaudium*” (La Alegría del Evangelio), del Santo Padre Francisco ha acusado las tentaciones de los agentes pastorales. En primer lugar, encontramos la *autorreferencialidad* de las cuales se desprenden otras dos más; el *individualismo* o *la mundanidad espiritual y el clericalismo*. Brevemente daremos a conocer algunas frases sobre la autorreferencialidad obtenidos del magisterio del Papa Francisco.

1. ¿Qué es la autorreferencialidad?

Es la enfermedad típica de la Iglesia encerrada que se mira a sí misma. Está encorvada sobre sí misma como aquella mujer del Evangelio. Es una especie de narcisismo.

Causas

Cuando la Iglesia no sale de sí misma para evangelizar deviene autorreferencial y entonces se enferma. (Lc. 13, 10-17)

Consecuencias

Nos conduce al individualismo o mundanidad espiritual y al clericalismo sofisticado.

Nos impide experimentar la “dulce y confortadora alegría de evangelizar”.

Los males que, a lo largo del tiempo, se dan en las instituciones de la Iglesia tienen raíz de autorreferencialidad, una suerte de narcisismo teológico.

¿Cómo se manifiesta?

La Iglesia autorreferencial pretende a Jesucristo dentro de sí y no lo deja salir.

La Iglesia, cuando es autorreferencial, sin darse cuenta, cree que tiene luz propia; deja de ser el “**mysterium lunae**” y da lugar a ese mal tan grave que es la mundanidad espiritual.

“Nosotros, los cristianos, identificamos a Jesucristo con el sol, y a la luna con la Iglesia, y la luna no tiene luz propia; y si la luna se esconde del sol, se vuelve oscura; el sol es Jesucristo y si la Iglesia se aparta o se esconde de Jesucristo se vuelve oscura y no da testimonio. Que en estos días se nos haga más evidente a todos nosotros la cercanía del sol que nace de lo alto, y que seamos reflejo de su luz, de su amor”. (Papa Francisco. Aeropuerto internacional “Mariscal Sucre”, de Quito, Ecuador. 05/07/2015)

¿Cómo se cura?

Dejarse guiar por el Espíritu Santo.

Él nos introduce en el misterio de Dios vivo, y nos salvaguarda del peligro de una Iglesia gnóstica y de una Iglesia autorreferencial, cerrada en su recinto; nos impulsa a abrir las puertas para salir, para anunciar y dar testimonio de la belleza del Evangelio, para comunicar el gozo de la fe, del encuentro amistoso con Cristo.

Él nos manifiesta el horizonte y nos impulsa hacia los más necesitados para anunciar la vida de Jesucristo.

2. El individualismo o la mundanidad espiritual

Respecto a este atentado contra la sinodalidad, encontramos en varios numerales de la Exhortación Apostólica del Santo Padre Francisco ***“Evangelii Gaudium”***, diverso contenido:

93. La mundanidad espiritual, que se esconde detrás de apariencias de religiosidad e incluso de amor a la Iglesia, es buscar, en lugar de la gloria del Señor, la gloria humana y el bienestar personal. Es lo que el Señor reprochaba a los fariseos: «¿Cómo es posible que creáis, vosotros que os glorificáis unos a otros y no os preocupáis por la gloria que sólo viene de Dios?» (Jn 5,44). Es un modo sutil de buscar «sus propios intereses y no los de Cristo Jesús» (Flp 2,21). Toma muchas formas, de acuerdo con el tipo de personas y con los estamentos en los que se enquista. Por estar relacionada con el cuidado de la apariencia, no siempre se conecta con pecados públicos, y por fuera todo parece correcto. Pero, si invadiera la Iglesia, «sería infinitamente más desastrosa que cualquiera otra mundanidad simplemente moral».

94. Esta mundanidad puede alimentarse especialmente de dos maneras profundamente emparentadas. Una es la fascinación del gnosticismo, una fe encerrada en el subjetivismo, donde sólo interesa una determinada experiencia o una serie de razonamientos y conocimientos que supuestamente reconfortan e iluminan, pero en definitiva el sujeto queda clausurado en la inmanencia de su propia razón o de sus sentimientos. La otra es el neopelagianismo autorreferencial y prometeico de quienes en el fondo sólo confían en sus propias fuerzas y se sienten superiores a otros por cumplir determinadas normas o por ser inquebrantablemente fieles a cierto estilo católico propio del pasado. Es una supuesta seguridad doctrinal o disciplinaria que da lugar a un elitismo narcisista y autoritario, donde en lugar de evangelizar lo que se hace es analizar y clasificar a los demás, y en lugar de facilitar el acceso a la gracia se gastan las energías en controlar. En los dos casos, ni Jesucristo ni los demás interesan verdaderamente. Son manifestaciones de un inmanentismo antropocéntrico. No es posible imaginar que de estas formas desvirtuadas de cristianismo pueda brotar un auténtico dinamismo evangelizador.

GNOSTICISMO: *Esta corriente de pensamiento místico, subjetivista e individualista, considera que algunos pueden resguardarse en un conocimiento de Dios o experiencia espiritual íntima y superior. Queda sólo guardado a la persona, sin tener una dimensión comunitaria, y es exclusivo de algunos cuantos privilegiados.*

NEOPELAGIANISMO: *En este caso estamos hablando de una negación de la Gracia de Dios, es decir, se promueve la confianza única e ilimitada en la voluntad del hombre para obrar bien, así como para tener un gran cambio interior (conversión) solamente por deseo y esfuerzo. Naturalmente, una confianza tan exagerada en las propias fuerzas hace soberbio al ser humano y relega a Dios.*

95. Esta oscura mundanidad se manifiesta en muchas actitudes aparentemente opuestas, pero con la misma pretensión de «dominar el espacio de la Iglesia». En algunos hay un cuidado ostentoso de la liturgia, de la doctrina y del prestigio de la Iglesia, pero sin preocuparles que el Evangelio tenga una real inserción en el Pueblo fiel de Dios y en las necesidades concretas de la historia. Así, la vida de la Iglesia se convierte en una pieza de museo o en una posesión de pocos. En otros, la misma mundanidad espiritual se esconde detrás de una fascinación por mostrar conquistas sociales y políticas, o en una vanagloria ligada a la gestión de asuntos prácticos, o en un embeleso por las dinámicas de autoayuda y de realización autorreferencial. También puede traducirse en diversas formas de mostrarse a sí mismo en una densa vida social llena de salidas, reuniones, cenas, recepciones. O bien se despliega en un funcionalismo empresarial, cargado de estadísticas, planificaciones y evaluaciones, donde el principal beneficiario no es el Pueblo de Dios sino la Iglesia como organización. En todos los casos, no lleva el sello de Cristo encarnado, crucificado y resucitado, se encierra en grupos elitistas, no sale realmente a buscar a los perdidos ni a las inmensas multitudes sedientas de Cristo. Ya no hay fervor evangélico, sino el disfrute espurio de una autocomplacencia egocéntrica.

96. En este contexto, se alimenta la vanagloria de quienes se conforman con tener algún poder y prefieren ser generales de ejércitos derrotados antes que simples soldados de un escuadrón que sigue luchando. ¡Cuántas veces soñamos con planes apostólicos expansionistas, meticulosos y bien dibujados, propios de generales derrotados! Así negamos nuestra historia de Iglesia, que es gloriosa por ser historia de sacrificios, de esperanza, de lucha cotidiana, de vida deshilachada en el servicio, de constancia en el trabajo que cansa, porque todo trabajo es «sudor de nuestra frente». En cambio, nos entretenemos vanidosos hablando sobre «lo que habría que hacer» —el pecado del **«habriaqueísmo»**— como maestros espirituales y sabios pastorales que señalan desde afuera. Cultivamos nuestra imaginación sin límites y perdemos contacto con la realidad sufrida de nuestro pueblo fiel.

HABRIAQUEÍSMO: *Es un neologismo inventado por el Papa Francisco para diagnosticar uno de los males que más afecta el corazón humano. Es un malestar espiritual que se manifiesta con síntomas de sueños de vanagloria sobre lo que habría que hacer, pero olvidando lo que hay en la realidad.*

97. Quien ha caído en esta mundanidad mira de arriba y de lejos, rechaza la profecía de los hermanos, descalifica a quien lo cuestione, destaca constantemente los errores ajenos y se obsesiona por la apariencia. Ha replegado la referencia del corazón al horizonte cerrado de su inmanencia y sus intereses y, como consecuencia de esto, no aprende de sus pecados ni está auténticamente abierto al perdón. Es una tremenda corrupción con apariencia de bien. Hay que evitarla poniendo a la Iglesia en movimiento de salida de sí, de misión centrada en Jesucristo, de entrega a los pobres. ¡Dios nos libra de una Iglesia mundana bajo ropajes espirituales o pastorales! Esta mundanidad asfixiante se sana tomándole el gusto al aire puro del Espíritu Santo, que nos libera de estar centrados en nosotros mismos, escondidos en una apariencia religiosa vacía de Dios. ¡No nos dejemos robar el Evangelio!

3. El clericalismo

El Pontificado del Papa Francisco ha sido providencial en muchos sentidos. El Santo Padre, desde su elección ha luchado sin cuartel contra el “clericalismo” y recordando la verdadera identidad de los fieles laicos como auténtico Pueblo de Dios. El clericalismo es un fenómeno transversal que afecta a clérigos, consagrados y fieles laicos. Podemos preguntarnos: ¿qué es el clericalismo? Es una “cultura”, es decir, un conjunto de lenguajes verbales y no verbales, a un “modo de ser y de hacer”, que privilegia la misión del sacerdocio ministerial como factor determinante y casi único en la configuración, en la organización, en el discernimiento y en la toma de decisiones al interior de la vida de la Iglesia.

El Papa Francisco en la 18 Congregación General en la Asamblea sinodal, del 25 de octubre de 2023, señaló que Jesús, para su Iglesia, no asumió ninguno de los esquemas políticos de su tiempo: ni fariseos, ni saduceos, ni esenios, ni zelotes. Ninguna corporación cerrada; simplemente retoma la tradición de Israel: “Tú serás mi pueblo y yo seré tu Dios”. Él mismo añade: “una de las características de este pueblo fiel es su infalibilidad; sí, es infalible in credendo. (*In credendo falli nequit*, LG 12) *Infabilitas in credendo*. El Papa lo explica así: cuando quieras saber lo que cree la Santa Madre Iglesia, anda al Magisterio, porque él es encargado de enseñártelo, pero cuando quieras saber cómo cree la Iglesia, anda al pueblo fiel”.

Para poder eliminar el clericalismo de la Iglesia es necesario:

Una renovación espiritual que debe originarse en la jerarquía de la Iglesia y que va a requerir una gran ascesis por parte de todos los miembros. Sabemos que perfecta solo será la Iglesia del Cielo, pero si no hacemos un verdadero esfuerzo por llevar el ministerio del orden sacerdotal a esta identificación con Cristo, no se podrá tener un cambio real hacia una mayor edificación de la Iglesia.

Necesitamos una Iglesia que sea capaz de erradicar la división para aceptar que el único camino es alinearnos con el Sumo Pontífice en su llamado a la santidad. Debemos encaminarnos hacia una Iglesia más humilde, como lo fue su Señor. Haciendo una Iglesia menos clerical y secreta, más transparente, donde los laicos verán reconocida su dignidad de cristianos bautizados. Esta crisis podría señalar el fin de una Iglesia percibida como una multinacional, distante y burócrata.

Es necesario un nuevo Pentecostés en la Iglesia que inicie nuevamente desde el cenáculo donde esté la jerarquía de la Iglesia. La presencia del Espíritu transformó a los apóstoles, que antes reñían entre sí, en una comunidad de fraternidad. De la misma manera, el sacerdote diocesano no podrá construir la comunidad que le ha sido confiada si él mismo no está lleno del Espíritu. El que se deja llevar

siempre por el Espíritu andará siempre buscando los medios para construir la comunidad eclesial, el Cuerpo de Cristo. La construcción de la comunidad requiere necesariamente la acción del Espíritu Santo.

ACTUAR CON LA FUERZA DEL ESPÍRITU SANTO.

Lo importante es pasar del diagnóstico al tratamiento. Ante estas realidades de nuestra vida eclesial se nos exige ser cercanos, estar presentes en el caminar, preocuparnos los unos por los otros, estar en conexión con la ayuda de tantos medios de comunicación, dar una palabra de esperanza, palpar al hermano, ser una voz amiga.

El Santo Padre Francisco, explicó a los obispos italianos la identidad de un sacerdote creíble para su pueblo, el 17 de mayo de 2016. Es decir, señala el perfil del sacerdote como promotor de la sinodalidad. De aquí podemos hacer un examen de conciencia.

El sacerdote sabe “que el Amor es todo. No busca seguridad terrenal ni honores... no exige para sí nada que vaya más allá de sus necesidades reales, ni se preocupa por vincular a su persona a los que le han confiado. Su estilo de vida sencillo y esencial, siempre disponible, lo hace creíble a los ojos de la gente y lo acerca a los humildes, en una caridad pastoral que nos hace libres y solidarios. Siervo de la vida, camina con el corazón y al ritmo de los pobres y se enriquece frecuentándolos. Es un hombre de paz y reconciliación, signo e instrumento de ternura de Dios, atento a difundir el bien con la misma pasión que otros dedican a sus intereses. El secreto de nuestro sacerdote... se encuentra en esa zarza ardiente que ha marcado con el fuego su existencia, que la conquista y la conforma a la de Jesucristo, la verdad última de su vida. Y su relación con Él lo custodia, volviéndolo ajeno a la mundanidad espiritual que corrompe, así como a cualquier compromiso y mezquindad”.

TEMA 5

EL SACERDOTE A LA ESUCHA

DEL PUEBLO DE DIOS

Pbro. Lic. Marco Antonio García Mtz.

1. El sacerdote en medio de tantas voces.

Si por algo se caracteriza nuestra sociedad es el ruido, el bullicio, el agetreo. Todo mundo habla y todo mundo opina no solo de su oficio, no solo de su profesión, no solo de sus labores, sino todos hablan de todo.

El mecánico de mediciana, los políticos de alienigenas (Maussan en el Congreso), el ateo de Cristo, el taxista no se diga habla de todo y de todos.

63

Hoy más que nunca existen todo tipo de asociaciones, grupos, comités, marchas, movimientos, hasta portavoces de los perros, ambientalistas, feministas, grupos en pro de la diversidad de género, etc. Ahí se da espacio a la voz de todos.

Como todo mundo es especialista en todo, esto da pie a imprecisiones, relativismos, y graves errores y más cuando en este tiempo se le da más voz a la emoción que a la razón.

A la sociedad desde diferentes instancias y desde hace muchos años se le ha adoctrinado solo para hablar con la famosa “libertad de expresión” como si fuera la única capacidad del ser humano, en detrimento de la reflexión, del discernimiento, de la verdad, del silencio y no se diga de la meditación y contemplación del misterio de Dios. A la sociedad se le ha adoctrinado para hablar desconectando la emoción de la razón, de la verdad y más de la fe. El hombre de hoy esta

adoctrinado para hablar y no para escuchar al otro y menos a Dios. El hombre sí quiere a Dios pero sin palabra, sin doctrina y sin ley.

A nosotros como sacerdotes nos ha tocado vivir en este tiempo de muchas voces.

Inmediatamente brotan varias preguntas, que aquí escribo algunas, pero desde luego pueden surgir más.

¿El sacerdote ha de escuchar todo sin más?

¿Escuchar significa aceptarlo todo y a todos sin más?

¿El sacerdote al estar al servicio de la escucha, en automático queda anulada su razón, su fe, sus principios, su fidelidad a Dios y al hombre, su fidelidad a la enseñanza de la Iglesia?

El sacerdote está al servicio de la escucha ¿pero, cómo ha de escuchar? como sociólogo, psicólogo, analista político, asesor en economía, ambientalista, líder sindical, como simpatizantes de todas la ideologías, etc.

¿Al escuchar el sacerdote todo se espera que responda a todo y a todos? ¿Y que responda como quién o desde qué especialidad?

Yo creo que el sacerdote para poder ofrecer un verdadero servicio de escucha debe tener afianzada su identidad y la identidad del sacerdote brota de Cristo Buen Pastor, que escucha primero al Padre (Jn. 15,15) y que también escucha al hombre pero no siempre responde a todo (Mt.24, 36) ni a todos (Mc.14, 61)

En Jesús escuchar no siempre es asentir, ni aceptación de todos (Lc.18, 9-14)

Jesús escucha pero siempre para abrir a la persona a la salvación e invitarla a alejarse del pecado y al cambio de vida, no para dejarla en la misma situación (Jn. 8,1-11).

Jesús propicia y favorece la escucha pero para sanar e invitar a no volver al pecado (Jn. 5, 1-14).

Por tanto, el verdadero servicio de la escucha en el sacerdote no es parcial, no es unilateral. El sacerdote a ejemplo de Cristo se prepara al servicio de la escucha del Pueblo de Dios, primero escuchando a Dios, que es parte indispensable en toda su formación desde el inicio de su vocación porque su vocación nació de la escucha a la voz de Dios que le ha llamado a consagrarse a su Pueblo. Y en su formación continua no puede faltar todos los días la escucha y la meditación de la Palabra de Dios.

Otra parte importante para que el sacerdote ofrezca un servicio completo de escucha al Pueblo de Dios es escuchar la voz de la Iglesia, con todo el patrimonio doctrinal y moral que se ha esforzado a través de los siglos por transmitir con fidelidad, cumpliendo el mandato de Jesucristo de anunciar el Evangelio y de enseñar a cumplir todo cuanto Él ha mandado (Mt. 28,19-20).

Si como sacerdotes dejamos de escuchar la voz de Dios expresada en su Palabra cairíamos en la tentación de convertir a la Iglesia en una ONG como dice el mismo Papa Francisco, una cámara de diputados o senadores, o un gremio o miembros de una marcha a favor de la igualdad, etc. Donde todos quieren ser escuchados pero sin ser interpelados, donde todos quieren ser escuchados pero sin hacer un cambio de vida. Donde todos quieren ser escuchados pero sin escuchar la voz de Dios y menos cumplir los mandamientos de Dios.

Sin escuchar a Dios y sin escuchar la voz milenaria de la Iglesia, como sacerdotes convertiríamos a la Iglesia en un consultorio de

terapias freudianas, donde las personas podrán irse “tranquilas” pero sin un mensaje del Evangelio.

Nuestro servicio será completo cuando a ejemplo de Cristo Buen Pastor escuchemos la voz de la oveja que clama perdida, cuando vayamos a encontrarla la curemos con el balsamo de los sacramentos, la carguemos no para dejarla en el mismo lugar sino para llevarla ante Cristo Buen Pastor. (Lc.15, 3-7).

“En efecto, el sacerdocio ministerial no significa de por sí un mayor grado de santidad respecto al sacerdocio común de los fieles; pero, por medio de él, los presbíteros reciben de Cristo en el Espíritu un don particular, para que puedan ayudar al Pueblo de Dios a ejercitar con fidelidad y plenitud el sacerdocio común que les ha sido conferido”. (PDV 17) Nuestro trabajo como sacerdotes realizados con humildad, será escuchar pero para impulsar al Pueblo de Dios a la vocación más excelsa a la que está llamado a la santidad.

2.- El Pueblo ha de ser escuchado pero también ha de aprender a escuchar.

Nuestro servicio será completo no solo escuchando al Pueblo, sino además enseñando al Pueblo a escuchar a Dios, no somos empleados de una ideología, sino sacerdotes mediadores entre Dios y los hombres.

Al respecto el Papa Francisco comentaba lo siguiente, el 5 de Septiembre del 2021 en el rezo del Angelus en la Plaza de San Pedro.

En el milagro de la curación del sordomudo lo que llama la atención en el relato es la forma en que el Señor lo realiza. Y lo hace así: aparta de la gente al sordomudo, le mete los dedos en los oídos

y le toca la lengua con su saliva, luego mira al cielo, suspira y dice: “*Effatá*”, es decir, “¡Ábrete!” (cf. Mc 7,33-34). En otras curaciones, de enfermedades igualmente graves, como la parálisis o la lepra, Jesús no hace tantos gestos. ¿Por qué hace todo esto ahora, cuando sólo le habían pedido que impusiera su mano sobre el enfermo (cf. v. 32)? ¿Por qué hace estos gestos? Quizás porque la condición de esa persona tiene un valor simbólico particular. Ser sordomudo es una enfermedad, pero también es un símbolo. Y este símbolo tiene algo que decirnos a todos. ¿De qué se trata? Se trata de la *sordera*. Ese hombre no podía hablar porque no podía oír. Jesús, de hecho, para curar la causa de su malestar, primero le pone los dedos en los oídos, luego en la boca, pero antes en los oídos.

Todos tenemos oídos, pero muchas veces no somos capaces de escuchar. ¿Por qué? hay de hecho una sordera interior, que hoy podemos pedir a Jesús que toque y sane. Y esta sordera interior es peor que la física, porque es *la sordera del corazón*. Atrapados por las prisas, por mil cosas que decir y hacer, no encontramos tiempo para detenernos a escuchar a quien nos habla. Corremos el riesgo de volvemos impermeables a todo y de no dar cabida a quienes necesitan ser escuchados: pienso en los hijos, en los jóvenes, en los ancianos, en muchos que no necesitan tanto palabras y sermones, sino ser escuchados. Preguntémonos: ¿cómo va mi escucha? ¿Me dejo tocar por la vida de las personas, sé dedicar tiempo a los que están cerca de mí para escuchar? Esto es para todos nosotros, pero de manera especial para los curas, para los sacerdotes.

El sacerdote debe escuchar a la gente, no tener prisa, escuchar..., y ver cómo puede ayudar, pero después de escuchar. Y todos nosotros: primero escuchar, luego responder. Pensemos en la vida familiar: ¡cuántas veces se habla sin escuchar primero, repitiendo los propios estribillos que son siempre iguales! Incapaces de escuchar, siempre decimos las mismas cosas, o no dejamos que el otro termine de hablar, de expresarse, y lo interrumpimos. La reanudación de un diálogo, a menudo, no se da mediante las palabras, sino mediante el silencio,

por el hecho de no obstinarse y volver a empezar pacientemente a escuchar a la otra persona, escuchar sus agobios, lo que lleva dentro. La curación del corazón comienza con la escucha. Escuchar. Y esto restablece el corazón. “Pero padre, hay gente aburrida que siempre dice lo mismo...”. Escúchalos. Y luego, cuando terminen de hablar, di la tuya, pero escucha todo.

Y lo mismo ocurre con el Señor. Hacemos bien en inundarle con peticiones, pero haríamos mejor si primero lo escucháramos. Jesús lo pide. En el Evangelio, cuando le preguntan cuál es el primer mandamiento, responde: “*Escucha, Israel*”. Luego añade el primer mandamiento: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón [...] y a tu prójimo como a ti mismo” (Mc 12,28-31). Pero en primer lugar: “*Escucha, Israel*”. *Escucha*, tú. ¿Nos acordamos de escuchar al Señor? Somos cristianos, pero quizás, entre las miles de palabras que escuchamos cada día, no encontramos unos segundos para dejar que resuenen en nosotros algunas palabras del Evangelio. Jesús es la Palabra: si no nos detenemos a escucharlo, pasa de largo. Si no nos detenemos a escuchar a Jesús, pasa de largo.

Decía san Agustín: “Tengo miedo del Señor cuando pasa”. Y el miedo era dejarlo pasar sin escucharlo. Pero si dedicamos tiempo al Evangelio, encontraremos un secreto para nuestra salud espiritual. He aquí la medicina: cada día un poco de silencio y de escucha, algunas palabras inútiles de menos y algunas palabras más de Dios. Siempre con el Evangelio en el bolsillo, que ayuda mucho. Escuchemos hoy, como el día de nuestro bautismo, las palabras de Jesús: ¡“*Effatá, ábrete*”! Ábrete los oídos. Jesús, deseo abrirmte a tu Palabra, Jesús abrirmte a tu escucha; Jesús sana mi corazón de la cerrazón, Jesús sana mi corazón de la prisa, Jesús sana mi corazón de la impaciencia.

3.- María escuela de la escucha.

En el misterio de la Anunciación la Santísima Virgen María nos enseña a escuchar a Dios para luego disponernos hacer su voluntad (Lc. 1, 26-38)

María escuchaba y guardaba todo en su corazón sin duda contemplando y meditando el misterio de Dios. (Lc. 2, 19)

María muestra gran disponibiliddd para escuchar la voz de Dios pero también la voz y las necesidades del projimo, no solo para escuchar sino para invitar a la gente hacer lo que diga su Hijo (Jn. 2, 1-5)

El sacerdote en su servicio de escuchar, no puede ser convertido en un simple buzón donde todos depositan sus quejas y sugerencias, sino que el sacerdote a ejmeplo de María ha de estar dispuesto a escuchar pero para invitar a los hombre a escuchar la voz de Dios y a hacer lo que Jesús diga.

ORACIÓN

Dios Todopoderoso y Eterno, mira con amor el rostro de tu Hijo y por amor a Él, que es el Sumo Sacerdote, ten misericordia de tus sacerdotes. Acuérdate, joh! compasivo Señor, que ellos son sino frágiles y débiles seres humanos. Renuera en ellos el don de la vocación que de modo admirable se consolidó por la imposición de las manos de tus Obispos. Mantenlos siempre cerca de ti. No permitas que el enemigo les venza, para que nunca se hagan partícipes de la más mínima falta contra el honor de tan sublime vocación.

Señor Jesús, te pido por tus fieles y fervorosos sacerdotes así como por los sacerdotes infieles y tibios; por los que trabajan en su propia tierra o los que te sirven lejos, en lugares o misio-

nes distantes; por tus sacerdotes tentados, por los que sienten la soledad, el tedio o el cansancio; por los sacerdotes jóvenes y por los ancianos, o aquellos que están a punto de morir, así como por las almas de los que están en el purgatorio.

Pero sobre todo, te encomiendo a los sacerdotes que más aprecio; el que me bautizó o me ha absuelto de mis pecados; aquellos a cuyas misas he asistido y me han dado Tu Cuerpo y Sangre en la Comunión; los sacerdotes que me han aconsejado, me han consolado o animado y aquellos a quienes de alguna forma les estoy en deuda.

*¡Oh Jesús!, manténlos a todos cerca de tu Corazón y bendí-
celes abundantemente en el tiempo y en la eternidad.*

TEMA 6

LA SAGRADA ESCRITURA, LUZ Y GUÍA DE LA SINODALIDAD

P. Lic. José Federico Vaca Silva

ORACIÓN.

Salmo 27. Confianza absoluta en Dios

El Señor es mi luz y mi salvación. ¿A quién temeré?

El Señor es la fortaleza de mi vida. ¿De quién tendré temor?

² *Cuando los malhechores vinieron sobre mí para devórame, ellos, mis adversarios y mis enemigos, tropezaron y cayeron.*

³ *Si un ejército acampa contra mí, no temerá mi corazón; Si contra mí se levanta guerra, yo estaré confiado.*

⁴ *Una cosa he pedido al Señor, y esa buscaré: Que habite yo en la casa del Señor todos los días de mi vida, para contemplar la hermosura del Señor y para meditar en Su templo.*

⁵ *Porque en el día de la angustia me esconderá en Su tabernáculo; en lo secreto de Su tienda me ocultará; sobre una roca me pondrá en alto.*

⁶ *Entonces será levantada mi cabeza sobre mis enemigos que me cercan,*

*y en Su tienda ofreceré sacrificios con voces de júbilo;
cantaré, sí, cantaré alabanzas al Señor.*

⁷ *Escucha, oh Señor, mi voz cuando clamo;
ten piedad de mí, y respóndeme.*

⁸ *Cuando dijiste: «Busquen Mi rostro», mi corazón te respon-
dió: «Tu rostro, Señor, buscaré».*

⁹ *No escondas Tu rostro de mí;
no rechaces con ira a Tu siervo. Tú has sido mi ayuda.
No me abandones ni me desampares. Oh Dios de mi salva-
ción.*

¹⁰ *Porque aunque mi padre y mi madre me hayan abandona-
do,
el Señor me recogerá.*

¹¹ *Señor, enséñame tu camino. Y guíame por senda llana
por causa de mis enemigos.*

¹² *No me entregues a la voluntad de mis adversarios;
porque testigos falsos se han levantado contra mí,
y los que respiran violencia.*

¹³ *Hubiera yo desmayado, si no hubiera creído que había de
ver la bondad del Señor
en la tierra de los vivientes.*

¹⁴ *Espera al Señor. Esfuérzate y aliéntese tu corazón.
Sí, espera al Señor.*

VER CON LOS OJOS DEL PADRE.

Al terminar la primera sesión del Sínodo, que se ha desarrollado en Roma del 4 al 29 de octubre de 2023, ha surgido una relación de Síntesis, que no es aún el documento post-sinodal, sin embargo, nos puede ubicar sobre cómo se ha desarrollado el Sínodo. Esta relación de Síntesis se ha titulado una *Iglesia sinodal en misión*. En la parte conclusiva la relación post-sinodal pone al centro de nuestro caminar sinodal la Palabra de Dios como luz y guía de la sinodalidad: “La Palabra del Señor viene antes de cada palabra de la Iglesia. Las palabras de los discípulos, que también son palabras de un Sínodo, son sólo un eco de lo que la misma Palabra ha dicho”. Con estas palabras del sínodo nos queda claro que la Palabra de Dios es, ha sido y seguirá siendo el centro de nuestro caminar eclesial, por lo tanto, el centro de nuestro caminar sinodal.

Nosotros podemos ver que nuestras comunidades parroquiales y diocesanas en sus distintos grupos, apostolados, ministerios son comunidades participativas, activas, vivas, que son fruto de un caminar pastoral de muchos años, en el que todos sus miembros tanto los Obispos, los sacerdotes y todos los agentes pastorales han trabajado y colaborado cada uno en sus distintas actividades para darle vida a nuestra comunidad diocesana y a las distintas comunidades parroquiales. Es importante que sigamos caminando, animando, acompañando nuestras comunidades teniendo siempre como centro la Palabra de Dios y la Eucaristía.

Y si se nos presentan distintos retos o exigencias pastorales, recordemos que hoy es un buen tiempo para retomar e insertarnos en el caminar sinodal tanto en la Iglesia universal como en nuestra Iglesia particular que se hace concreta en nuestras comunidades parroquiales.

JUZGAR CON LOS CRITERIOS DEL HIJO.

La presencia de Dios en medio del pueblo en el Antiguo Testamento

En el Antiguo Testamento recordamos que el Arca de la Alianza era el signo palpable de la presencia de Dios en medio de su pueblo. El Arca de la Alianza caminaba siempre en medio del Pueblo de Israel, recordamos por ejemplo cuando los israelitas conquistaron Jericó (Jos 6,8). También podemos recordar cuando el rey David la instala y la introduce en medio del Templo y en ese ambiente de fiesta y júbilo por la presencia de Dios en medio del pueblo, tanto el rey David como el pueblo canta, baila con profundo gozo (2Sam 6; 1Cro 15-16). En 1Cro 16,8-36 leemos el cántico de David que celebra gozoso la alegría de la presencia de Dios en medio de su pueblo. Como comentario señalamos que este cántico de David es un conjunto de tres Salmos insertados en la narrativa del traslado del Arca de la Alianza en medio del pueblo de Israel para subrayar la importancia que el pueblo de Israel da a la presencia de Dios en medio de ellos mediante el Arca de la Alianza.

74

La misma historia del pueblo de Israel nos enseña la importancia de actualizar la propia identidad delante de las nuevas situaciones socio-culturales que se nos presentan, y nos enseña cómo es importante consolidarse y actualizar la identidad ante los retos. En la época postexílica, cuando ya el Templo ha sido destruido y el Arca de la Alianza no está como signo sensible de Dios presente en medio del pueblo, “cuando los profetas han callado, surge la Sabiduría”, y con ella surgen los sabios, quienes sustituyen a los profetas en la dirección del pueblo, como dice el libro del Sirácide en 24,23: “Todo esto es el libro de la alianza del Dios Altísimo, la Torá que nos prescribió Moisés como herencia para las asambleas de Jacob”.

La Torá ahora se ha actualizado y se manifiesta y se enseña en lenguaje sapiencial. Si el Arca de la Alianza ya no está en medio de su pueblo, ahora la Sabiduría es la que está en medio de su pueblo. Si los profetas ya no abren la boca ahora la Sabiduría viene a hablar al

pueblo: “La sabiduría se gloría en medio de su pueblo. En la asamblea del Altísimo abre su boca, se gloría delante de su poder: *Yo salí de la boca del Altísimo, y como niebla cubrí la tierra. Yo puse mi tienda en las alturas*” (Sir 24,1-4). Así como la Torá salió de la boca del Altísimo, ahora la Sabiduría sale también de la boca del Altísimo. Así como la niebla de nube acompañaba al pueblo de Israel en el desierto, ahora la Sabiduría como niebla cubre la tierra. Así como el Arca de la Alianza puso su tienda en la altura del monte Sión ahora la Sabiduría pone su tienda en medio de todo el pueblo de Israel. La sabiduría está siempre en medio del pueblo. Los profetas y los sabios surgen del pueblo, predicán al pueblo y caminan con el pueblo.

Los sabios del judaísmo se preocuparon de expresar su fe en nuevos lenguajes, sin quedar encerrados en el universo cultural en donde había nacido la fe de Israel. Ante las nuevas situaciones que el pueblo de Israel vive, el pueblo con audacia se renueva. Los principales libros deuterocanónicos a menudo presentan una nueva visión del pueblo de Israel en comunicación con la cultura helenista, que ahora mediante la Sabiduría da identidad al pueblo de Israel y alimenta la fe judía dentro del mundo grecorromano.

Así también la Iglesia con audacia se renueva, con sabiduría se actualiza delante de los nuevos retos que presenta la sociedad y la cultura en la que estamos viviendo. Dejándonos guiar por la fuerza del Espíritu Santo, con la presencia de Cristo que sigue caminando con nosotros, hoy la Iglesia mediante la sinodalidad quiere renovarse y responder a los retos que la realidad nos presenta el día de hoy.

Jesús: la presencia de Dios en el Nuevo Testamento

En el nuevo Testamento Dios se ha acercado a su pueblo en la Persona de su propio Hijo, Nuestro Señor Jesucristo, el cual entró en el mundo (cf. Jn 1,14), se ha hecho uno como nosotros semejante en todo, menos en el pecado (cf. Heb 4,17). Se hizo hombre para convivir con los hombres, para amarnos, para caminar con nosotros, para

ser Emmanuel *Dios-con-nosotros* (cf. Mt 1,23). Este Jesús, Dios con nosotros, caminó nuestros caminos (cf. Mc 6,8; Mt 15,32) y mientras iba de camino, comenzó a llamar a sus discípulos y muy pronto hubo en torno a él una muy grande comunidad de discípulos (cf. Lc 6,12-19). Es interesante notar cómo siempre el Evangelio nos muestra a Jesús caminando con sus discípulos.

Después de la Resurrección de Jesús, la comunidad de discípulos se encontraba reunida en oración cuando el Señor Resucitado apareció en medio de ellos, les dio su paz (cf. Jn 20,19-29), les hizo la promesa de que siempre estaría con nosotros hasta el fin del mundo (cf. Mt 28,20). Cincuenta días después, la fuerza del Espíritu Santo descendió sobre la naciente comunidad de discípulos e inmediatamente ellos comenzaron a anunciar por todo el mundo que Jesús estaba vivo (cf. Hch 2,1-12), que Jesús había resucitado y que estaba en medio de nosotros (cf. Hch 2,32-33).

Así pues, los Apóstoles, conscientes de que la presencia del Resucitado y la fuerza del Espíritu Santo caminaba con ellos comenzaron a caminar por todo el mundo predicando, anunciando con gozo la resurrección del Señor. Y mediante la predicación de su palabra recordaban las hazañas de Jesús e hicieron una lectura de todo lo que la Ley y los Profetas habían dicho de Jesús (cf. Hch 2,14-41). Así fue como la comunidad cristiana desde su origen se reunió en torno a la Palabra de Dios, la predicación de los Apóstoles, la oración y la fracción del pan (cf. Hch 2,42). Vemos pues, cómo desde el comienzo, la Palabra de Dios, que se nos ha transmitido en la Sagrada Escritura, la Tradición y el Magisterio de la Iglesia, nos ha acompañado a lo largo de toda la historia.

Hoy nosotros cada que nos reunimos a celebrar la Santa Misa o cualquier sacramento, nos reunimos siempre en torno a la Palabra de Dios que es la que le da unidad y estabilidad al caminar de la Iglesia, ella continúa siendo para nosotros luz y guía en nuestro caminar, como ha enseñado el Papa Benedicto XVI en la Exhortación Apostólica

Postsinodal *Verbum Domini*: “la Palabra divina, pronunciada en el tiempo, fue dada y «entregada» a la Iglesia de modo definitivo, de tal manera que el anuncio de la salvación se comunique eficazmente siempre y en todas partes” (VD 17).

La etimología de la palabra *sínodo* viene del griego de la composición de la preposición *sin* (σύν) que significa “con” o “en” y el sustantivo *odos* (òδός) que significa “camino”. Entonces desde su etimología *sínodo* significa “un camino con” o “un camino en”. A la luz de los textos que hemos meditado descubrimos que Jesús siempre ha caminado con la naciente comunidad de sus discípulos. Y después de su resurrección sigue “en camino” con nosotros. De hecho, en el Evangelio de Juan, Jesús mismo se autodefine como el mismo Camino que conduce al Padre: “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre sino por mí” (Jn 14,6).

La Palabra de Dios: alma del caminar de la Iglesia

Podríamos hacer un recorrido a lo largo de los textos bíblicos o enseñanzas que nos da la Iglesia en el Magisterio o en la Tradición y a por toda la historia de la Iglesia, pero este espacio es una sencilla reflexión que nos anima a entrar en nosotros mismos, para ver cómo ha sido nuestro caminar con Cristo, en la Iglesia.

Ya el Concilio Vaticano II, en la Constitución Dogmática sobre la Iglesia, *Lumen Gentium*, nos enseña en el número 23 decreta que “el Romano Pontífice, como sucesor de Pedro, es el principio y fundamento perpetuo y visible de unidad así de los Obispos como de la multitud de los fieles. Por su parte, los Obispos son, individualmente, el principio y fundamento visible de unidad en sus Iglesias particulares, formadas a imagen de la Iglesia universal, en las cuales, y a base de las cuales se constituye la Iglesia católica, una y única. Por eso, cada Obispo representa a su Iglesia, y todos juntos con el Papa representan a toda la Iglesia en el vínculo de la paz, del amor y de la unidad”. Caminando en comunión con el Papa y con

nuestro Obispo, estaremos favoreciendo el fundamento visible de unidad en la Iglesia tanto a nivel de Iglesia universal como a nivel de Iglesia diocesana.

De la misma manera, el Concilio Vaticano II en la Constitución Dogmática sobre la Divina Revelación, *Dei Verbum* 21 afirma que “la Iglesia ha venerado siempre las Sagradas Escrituras al igual que el mismo Cuerpo del Señor, no dejando de tomar de la mesa y de distribuir a los fieles el pan de vida, tanto de la palabra de Dios como del Cuerpo de Cristo, sobre todo en la Sagrada Liturgia. Es necesario, por consiguiente, que toda la predicación eclesiástica, como la misma religión cristiana, se nutra de la Sagrada Escritura, y se rija por ella. Porque en los sagrados libros el Padre que está en los cielos se dirige con amor a sus hijos y habla con ellos”. Mientras la Iglesia sea fiel a esta sabia enseñanza del Concilio podemos saber que estamos caminando juntos en un lugar seguro.

78

El papa Benedicto XVI nos ha recordado en el número 31 de la *Verbum Domini* “que «el estudio de las sagradas Escrituras ha de ser como el alma de la teología». Esta expresión de la Constitución dogmática *Dei Verbum* se ha hecho cada vez más familiar en los últimos años. Podemos decir que en la época posterior al Concilio Vaticano II, por lo que respecta a los estudios teológicos y exegéticos, se han referido con frecuencia a dicha expresión como símbolo de un interés renovado por la Sagrada Escritura”. Y si la Sagrada Escritura es el centro de la teología, ha de serlo también para la vida pastoral y por consiguientes es el luz y guía para nuestro camino sinodal.

De ahí que podemos afirmar que, en este camino sinodal de la Iglesia, en el cual Jesús, el Resucitado sigue caminando en medio de nosotros, la Sagrada Escritura sigue siendo la luz, la guía y el alma de todo ejercicio pastoral tanto a nivel parroquial como a nivel diocesano, en los decanatos, las vicarías y en todas las comisiones y dimensiones de nuestra tarea pastoral. Pues el mismo Papa Benedicto XVI en la misma *Verbum Domini* ha enseñado que “es la Palabra de

Dios quien nos lleva hacia los hermanos; es la Palabra que ilumina, purifica, convierte. Nosotros no somos más que servidores" (93).

ACTUAR CON LA FUERZA DEL ESPÍRITU SANTO.

La relación de Síntesis del Sínodo en la parte II cuando invita a todos a ser discípulos y misioneros habla de los laicos y afirma que ellos "están cada vez más presentes y activos al interno de la comunidad cristiana. Muchos de ellos organizan y animan comunidades pastorales, animadores espirituales y catequistas, y participan en varios organismos parroquiales y diocesanos". Aunque estas palabras se refieren en primer lugar a los laicos, nosotros también podemos preguntarnos, partiendo de ahí ¿cómo manifiesto mi actitud de sinodalidad en mi parroquia, en el decanato, en la diócesis?

Junto a esta pregunta dejamos otras para nuestra meditación personal y en un segundo momento podemos compartir nuestras respuestas en un pequeño plenario o con algunos de nuestros hermanos: ¿qué lugar ocupa la Sagrada Escritura en nuestros proyectos parroquiales?, ¿la Palabra de Dios es el centro de nuestra vida parroquial, en el decanato, en las distintas instancias o dimensiones pastorales en las que trabajo?

Nos encomendamos a la Virgen María, quien siempre ha acompañado el caminar de la Iglesia, desde el día de Pentecostés hasta el día de hoy. Y le pedimos que su maternal intercesión bendiga y acompañe nuestros proyectos pastorales.

TEMA 7

LA FRATERNIDAD SACERDOTAL ALMA Y REFLEJO DE LA SINODALIDAD.

*S. E. Mons. Manuel González Villaseñor.
Obispo Auxiliar de la Arquidiócesis de Guadalajara.*

VER CON LOS OJOS DEL PADRE.

En el mes de octubre del año pasado, se celebró la primera sesión del Sínodo de la Sinodalidad, que sin duda nos ha ofrecido muchas luces para nuestro caminar pastoral. Todos los agentes de pastoral, pero especialmente los sacerdotes, tenemos que ser promotores de la sinodalidad. La fraternidad sacerdotal debe ser entonces “alma y reflejo de esta sinodalidad.

Para poder reflexionar sobre esta fraternidad como fundamento de la sinodalidad, tenemos que citar el *Instrumentum Laboris* del Sínodo, que nos ofreció los “Elementos del lenguaje”, y darnos cuenta si estamos trabajando sobre ello. Estos elementos son un resumen de lo que es, la sinodalidad:

81

- La sinodalidad es un proceso de aprendizaje
- La sinodalidad comienza teniendo en cuenta nuestra “situacionalidad”: los puntos de partida son diferentes para cada uno de nosotros
- La sinodalidad es un proceso gradual: es una conversión paso a paso.
- La sinodalidad es aprender haciendo
- La sinodalidad es un camino creativo y abierto

- La sinodalidad es una experiencia espiritual que pone al Espíritu Santo en el centro
 - La sinodalidad es el arte de valorar, acoger y saber articular todos los dones y carismas que el Señor ha puesto a disposición de su Iglesia.
 - Este sínodo es un proceso de potenciación de los bautizados.
 - Este sínodo es un proceso de reconocimiento del otro/otra a través de la escucha.
 - Este sínodo es un camino para avanzar en la recepción del Concilio Vaticano II. (Cfr. *Instrumentum Laboris. Elementos del lenguaje*).

Constantemente escuchamos diferentes opiniones sobre la vivencia y la promoción de esta sinodalidad. No podemos entonces nosotros equivocarnos al afirmar conceptos que no tienen una base sólida de información, y si, queremos como sacerdotes vivirla y promoverla, tenemos que basar nuestro conocimiento en un estudio profundo de la Doctrina de la Iglesia, basada en las Sagradas Escrituras. Lo primero que hoy tendríamos que preguntarnos es ¿Cómo vivimos los sacerdotes la fraternidad, como alma y reflejo de la sinodalidad?

JUZGAR CON LOS CRITERIOS DEL HIIJO.

Para poder dar respuesta al último cuestionamiento formulado en el punto anterior, debemos tener en cuenta los tres temas prioritarios para ser una Iglesia sinodal: Comunión, misión y participación.

COMUNIÓN.

Para vivir la fraternidad sacerdotal, como alma y reflejo de la sinodalidad, tenemos que tener como fundamento la vivencia de una “espiritualidad de comunión”.

Quisiera citar textualmente algunos conceptos teológicos que nos ofrece una reflexión sobre la espiritualidad de comunión, de un religioso agustino recoleto Fr. Wilmer Moyetones OAR.

Tomamos como base el siguiente texto bíblico:

Que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado (Jn. 17, 21).

Fundamento teológico: Originaria unidad en la diversidad.

Partimos de la creación, es decir, del momento en que Dios Padre decide crear el mundo y al hombre en él. En este su proyecto creativo ya estaba presente la comunión, la unidad: “No es bueno que el hombre esté solo” (Gén 2, 18), y por eso le puso una compañía. San Agustín, en su libro *Ciudad de Dios*, comenta:

Dios decidió la creación de género humano a partir de un solo hombre para inculcarle cuán grata le es la unidad de los muchos (ciu. 12, 22).

La Santísima Trinidad es el origen y fuente de la comunión. Si vivimos esa espiritualidad de comunión, manifestaremos al mundo la presencia misma de la Trinidad, porque proclamamos con la vida la comunión de Dios. Es por eso que somos signos y profecía de este misterio de comunión.

En la medida en que reconozcamos la Santísima Trinidad como origen y fuente de nuestra comunidad y aprendamos a ser creadores de comunión, en esa medida seremos signos y profecía del Reino en este mundo ultramoderno.

El mismo Jesús nos muestra cuál es el camino para la comunión. Resulta difícil de comprender, pero es la realidad: la comunión, la

vida fraternal, pasan por la cruz, por la negación de uno mismo y la confirmación de los hermanos como personas. (Aquí termina el texto citado).

MISIÓN.

Cuando los sacerdotes vivimos la comunión, con Dios en primer lugar y también con los hermanos, sobre todos los hermanos sacerdotes, surge en nosotros el deseo de llevar la buena nueva a todos los bautizados, es decir convertirnos en sacerdotes misioneros y transformar nuestras parroquias en comunidades misioneras. Pero ¿Qué es lo que estamos anunciando cuando salimos a las calles? si es que salimos. Todavía más fácil, cuando llegan nuestros fieles a la parroquia y te piden un servicio o una orientación, ¿cómo los atendemos?

“La misión no consiste en comercializar un producto religioso, sino en construir una comunidad en la que las relaciones sean transparencia del amor de Dios y, de este modo, la vida misma se convierta en anuncio. En los *Hechos de los Apóstoles*, el discurso de Pedro va seguido inmediatamente de un relato de la vida de la comunidad primitiva, en la que todo se convertía en ocasión de comunión (cf. 2,42-47): esto le confería capacidad de atracción”. (Cf. *Instrumentum Laboris*, Sínodo de la Sinodalidad no. 52).

PARTICIPACIÓN.

El último tema prioritario es la participación. Desde que se anunció la celebración del Sínodo, se han ofrecido mecanismos para que la participación sea efectiva. Y claro sería una contradicción que siendo el Sínodo de la sinodalidad no hubiera participación. Pero si nuestro tema gira en torno a los sacerdotes como promotores de sinodalidad, tendríamos que preguntarnos si esa participación es efectiva. Cuantas veces hemos escuchado voces que nos dicen, la Iglesia tiene que escuchar a sus feligreses. El escuchar no empobrece,

al contrario enriquece. Vayamos a nuestras parroquias, la mayoría tenemos los Equipos Coordinadores Básicos, que representan los grupos de pastoral funcional y territorial que hay en la comunidad. En el marco de la fraternidad y la participación, no sólo hablamos de involucrar a los laicos en las decisiones importantes de la comunidad, sino también cuando somos dos sacerdotes o más en la parroquia. El Vicario Parroquial, en estos casos no es un empleado más, es un hermano sacerdote que debe ser tomado en cuenta y que debe caminar en sintonía con quien tiene la autoridad principal.

LA FRATERNIDAD.

La fraternidad se da entre personas que no se han elegido y que no tienen particulares sintonías de personalidad, de cultura, de gustos, pero que coinciden compartiendo un mismo ideal y se preparan para vivirlo en la Iglesia, que quieren vivir como una comunidad de hermanos en el Señor. Por eso, eforcémonos por vivirla, sobre todo con nuestros hermanos sacerdotes. Enriqueciéndonos con nuestras diferencias y caminando unidos en lo esencial. Acogamos también con amor a nuestros agentes de pastoral, a nuestros feligreses, de tal manera que siempre vean en nosotros un signo de unidad, que podamos transmitirles todo el amor misericordioso de Dios.

ACTUAR CON LA FUERZA DEL ESPÍRITU.

PRESBITERIO Y SINODALIDAD.

Ciertamente que el presbítero debe ser un promotor del encuentro de su gente en la experiencia de la comunión. Y esto se hace patente en el presbiterio. Este no es una institución canónica y fría: todo lo contrario, tiene la característica de un cuerpo. Como tal, se caracteriza por la unión efectiva de sus miembros, lo cual se traduce en comunión. Esta exige que sus miembros, por ser activos y se inter-

relacionan entre sí, vivan y caminen juntos; esto es, sinodalmente. El individualismo hace que se esté juntos, pero cada uno por su lado. El espíritu sinodal requiere el verdadero encuentro que, a la vez, conlleva la sintonía de la comunión.

Por esto, el obispo debe en todo momento promover esa sinodalidad haciendo posible en primer lugar el “encuentro”. El presbiterio debe ser un ejemplo vivo de ello para el pueblo de Dios. Uno de los problemas que se debe sortear debido a la inadecuada formación inicial desde hace tiempo es el individualismo producido por el clericalismo.. El espíritu sinodal requiere el verdadero encuentro que, a la vez, conlleva la sintonía de la comunión.

Por otro lado, el encuentro se nutre y hace posible el diálogo, que conlleva la escucha: en primer lugar, mutua, pues de hermanos se trata; escucha del obispo y de la jerarquía, del Papa, sobre todo. Escucha del pueblo de Dios, que sabe transmitir lo que el Espíritu le va diciendo. Así también, esa escucha tiene que ver con Dios, de manera personal y comunitaria-eclesial.

ENCUENTRO Y ESCUCHA PARA EL DISCERNIMIENTO.

El Obispo debe ser el gran animador de la escucha para darle a la sinodalidad mayor cuerpo y fuerza. Cuando el encontrarse y escucharse se dan no resulta fácil el discernimiento, con sus diversas exigencias y características. Ese discernimiento lleva a “leer los signos de los tiempos” donde se siente, se descubre y asume la voluntad de Dios en todo tiempo y lugar. Por eso es tan importante la relación entre presbiterio y sinodalidad.

La Formación Permanente tiene entre sus fines el fortalecer la sinodalidad como experiencia de vida y como parte integral del ministerio sacerdotal, que no es una profesión sino un quehacer eclesial para actuar siempre en nombre de Cristo Sumo y Eterno

sacerdote. (Cfr. Artículo: “El presbiterio como cuerpo”. De Mons. Mario Moronta).

PREGUNTAS PARA CONCLUIR.

1. *¿Qué otros elementos podríamos aportar desde nuestra experiencia personal, para vivir la fraternidad sacerdotal?*
2. *¿Qué otras propuestas podríamos dar para que el Sacerdote sea un auténtico promotor de la sinodalidad en su comunidad?*

PRESBITERIO Y SINODALIDAD.

Terminemos nuestra reflexión, escuchando el siguiente texto del Cardenal Robert Sarah:

Según un manuscrito alemán: un sacerdote debe ser al mismo tiempo pequeño y grande, noble de espíritu, como de sangre real, sencillo y espontáneo, como de raíz campesina; héroe en la conquista de sí mismo, hombre que se ha batido con Dios, fuente de santificación, pecador al que Dios ha perdonado, soberano de sus deseos, servidor de los tímidos y los débiles, que no se arredra delante de los poderosos y se inclina, en cambio, delante de los pobres, discípulos de su Señor, jefe de su rebaño, mendigo de manos extremadamente abiertas, portador de innumerables dones, hombre en el campo de batalla, madre para confortar a los enfermos, con la sabiduría de la edad y el abandono de un niño, en tensión hacia la altura y con los pies en el suelo, hecho para la alegría, experto en sufrimientos, distanciado de toda clase de envidiadía, previsor, que habla con franqueza, amigo de la paz, enemigo de la inercia, siempre fiel... (Tomado del libro “Para la eternidad”. Del Cardenal Robert Sarah).

TEMA 8

LA VIRGEN MARÍA, MODELO DE SINODALIDAD

Pbro. Lic. José Humberto Asencio Plascencia.

Últimamente hemos escuchado mucho la palabra sinodalidad, e inclusive hemos reflexionado sobre esta actitud que se nos pide asumir a quienes formamos la Iglesia, de manera especial nosotros los sacerdotes. Entendiendo que la sinodalidad es caminar juntos, es muy conveniente que fijemos nuestra atención en la Virgen María, quien supo vivir la sinodalidad y nos puede enseñar cómo hemos de caminar juntos en esta etapa de la historia de la salvación, de nuestra historia de salvación. La siguiente reflexión tiene como fuentes una homilía del Papa Francisco que predicó el 21 de mayo del año 2018 y también una conferencia que impartió el padre Alexandre Awi Mello Isch, secretario del dicasterio de Laicos, Familia y Vida.

María es ícono para la Iglesia y para cada cristiano, es modelo de virtudes. Por lo tanto, es impensable pensar que María no esté caminando con nosotros, sinodalmente. Tampoco es posible pensar que María camine a la distancia sin involucrarse. Y es que María es madre solícita, interesada por la vida del Pueblo de Dios y de cada uno de sus hijos, que intercede aquí y ahora por cada uno de nosotros. ¡Ella camina con nosotros, con la Iglesia!, porque es parte de la Iglesia!

Quisiera centrar nuestra reflexión en dos aspectos de la Virgen María, que nos ayuden a ver a Nuestra Madre, como modelo de sinodalidad, al ver cómo vivió ella la sinodalidad.

Hay tres momentos en la vida de la Virgen María, que nos dejan ver cómo vivió la sinodalidad la Madre del Señor.

María caminó siempre junto -sinodalmente- a Jesús y a los discípulos. Hay tres textos que muestran el rol sinodal de María junto a Jesús y sus discípulos: la capacidad de escucha de María, el camino que hizo en las bodas de Caná y su presencia en cenáculo.

1.- La capacidad de escucha de María

En el evangelio María aparece como la mujer que escucha y acoge la Palabra de Dios. Lucas, en el capítulo dos destaca especialmente esta característica de María. En el versículo 19, durante la visita de los pastores en Belén y en el versículo 51, cuando Jesús se queda en Jerusalén y sus padres lo encuentran en el templo. El texto evangélico en el versículo 19 menciona que “María guardaba todas estas cosas y las meditaba en el corazón”; y en el versículo 51 menciona que “y su madre guardaba todas estas cosas en su corazón”.

El verbo que san Lucas utiliza es διετήρει, que significa guardar de forma prolongada, confrontar, para indicar la actitud de escucha contemplativa y reflexiva de María, que ante los hechos buscaba hacer un verdadero discernimiento espiritual. Ella conservaba los acontecimientos, meditándolos en su corazón. “Corazón” significa aquí el lugar de la memoria y del afecto. María tiene en consideración los hechos de la vida y trata de discernirlos.

María es así modelo para una Iglesia sinodal que debe escuchar la voz de Dios que habla a través de los signos de los tiempos, de lo que dicen las personas y del eco que todo esto produce en el corazón, gracias a la acción del Espíritu Santo.

María, es la mujer silenciosa, oyente de la Palabra de Dios, discípula, misionera, acompañante y peregrina. El escuchar a Dios, junto con la docilidad a las inspiraciones del Espíritu Santo, son disposiciones que nos ayudan a caminar juntos todo el Pueblo de Dios, a vivir la sinodalidad. Cuando no escuchamos a Dios y nos cerramos a las

mociones del Espíritu, corremos el peligro de verlo todo según nuestro criterio personal, dejando a un lado lo que Dios nos pide en el aquí y ahora. La Virgen María, nos da ejemplo de escucha y docilidad a Dios en el momento de la anunciaciόn. Ella, no comprendía en su totalidad lo que pasaba, pero supo escuchar y fue dócil a lo que Dios le pedía. Fue capaz de dejar de lado su proyecto personal, para dar cabida al proyecto de Dios. Y es ahí, en el sí de María, donde ella comienza su camino sinodal, al comenzar a caminar junto a Jesús y junto a otros, hasta el día de hoy.

2.- María en las bodas de Caná

En este conocido texto (Jn 2, 1-12), el aspecto mas evidente es la intercesión de María en favor de los novios. María es la mujer atenta que escucha y cuida de la realidad de los novios, de sus necesidades, pues ella camina junto a los hombres y mujeres en sus diferentes realidades.

María aparece como la mujer que sabe ver la realidad. No se queda en comentar con los otros lo que está pasando, sino que hace lo que está en su mano. Se percibe así su capacidad de escucha de la realidad, que debe ser acogida como es, y discernida para descubrir en ella la voluntad de Dios.

Pero hay otro aspecto de este texto que normalmente es menos percibido: María camina con Jesús y sus discípulos ayudando a despertar la fe de estos últimos en Jesús. En la estructura del Evangelio de Juan, Caná es el primero de los siete signos que “revelan” la verdadera identidad y misión de Jesús. El texto comienza diciendo que en la boda en Caná de Galilea estaba “la madre de Jesús; y también Jesús fue invitado, con sus discípulos, a la boda.” (Jn2,2). Veamos algunos detalles:

En el Evangelio de Juan no se menciona el nombre de María; ella es “la madre” (cf. Jn 2, 1.3.5.12; 19,25-27) y Jesús la llama “mujer”

(cf. Jn 2,4; 19,26), es decir, no aparece como persona aislada, mas es siempre indicada por su misión salvífica: ser mujer y madre. María solo se entiende en su referencia a los demás.

Además, curiosamente en este texto María es la primera en ser mencionada. Es ella que va a la fiesta, “y también Jesús fue invitado, con sus discípulos”. En la Iglesia sinodal, María precede (anticipa, va adelante) el camino de la Iglesia y abre el camino a Jesús y sus discípulos. Sin embargo, después que Ella indica Jesús a los demás, le presenta las necesidades de la gente e indica a los sirvientes que hagan todo lo que él les diga, se retira y deja que Jesús domine la escena, pues él es el protagonista de la salvación.

Se puede constatar, entonces, que el resultado principal no es el vino abundante, sino la fe de los discípulos (v. 11). Ese es el verdadero milagro, el vino nuevo que trajo Jesús. Y una segunda constatación es la inversión del orden de los “caminantes”: “Después de esto bajó a Cafarnaúm, Él, con su madre, sus hermanos y sus discípulos.” (Jn 2,12). Ahora es Jesús que va al frente, María “camina junto” a la familia y a los discípulos de su Hijo. Cristo revela así su dimensión divina, salvífica, provoca la fe de los discípulos y constituye una comunidad con María, sus familiares y sus discípulos, la Iglesia naciente.

María, aunque tenga un lugar destacado en esta comunidad, simplemente camina junto con los demás, es la mujer sinodal por excelencia. De hecho, al inicio del camino, en la “hora” inicial de Jesús (Jn 2,1-12) aparecen María y los discípulos, y en la “hora” final, en la cruz (Jn 19,25-27), permanecen María y el discípulo amado, símbolo de la comunidad que, bajo el cuidado de María, permanecerá fiel hasta el fin de los tiempos.

3.- María en el Cénaculo

Un último aspecto de la imagen bíblica de María que quisiera mencionar es su presencia junto a los apóstoles, las mujeres y los hermanos de Jesús en el Cenáculo (Hch 1,13-14) y probablemente el día de Pentecostés (Hch 2,1-4). María es la mujer sinodal que hace el camino con los demás, participa, se involucra.

Los Padres de la Iglesia no dudaron en indicar el valor de esta presencia para la unidad de los apóstoles y la impetración del Espíritu Santo. Muchos artistas han representado este momento con María al centro, orando con los apóstoles en el momento del Pentecostés, con las lenguas de fuego que se posan sobre ellos. Allí está María, humilde y cercana, como mujer y madre.

María enseña a la Iglesia naciente que para encontrar la voluntad de Dios y salir en misión es necesario la oración, el discernimiento, el don y la gracia del Espíritu Santo, que habla en el silencio del corazón y en la comunidad reunida. María es así una mujer sinodal que hace el camino eclesial con los demás. No se aísla, no permanece sola, sin relacionarse con nadie o solo con Dios. Se nos presenta unida a los demás apóstoles, perseverando unánimes en oración. Está allí, como siempre fue, humilde, cercana, como mujer y madre, acompañando a la Iglesia desde su experiencia de Dios.

En su principal encíclica mariana Juan Pablo II enseña que: “Después de los acontecimientos de la resurrección y de la ascensión, María, entrando con los apóstoles en el cenáculo a la espera de Pentecostés, estaba presente como Madre del Señor glorificado. Era no sólo la que ‘avanzó en la peregrinación de la fe’ y guardó fielmente su unión con el Hijo ‘hasta la Cruz’, sino también la ‘esclava del Señor’, entregada por su Hijo como madre a la Iglesia naciente: ‘He aquí a tu madre’. Así empezó a formarse una relación especial entre esta Madre y la Iglesia” (Redemptoris Mater, n. 40).

Por todo esto, Papa Francisco afirma claramente en *Evangelii Gaudium* 284. “Con el Espíritu Santo, en medio del pueblo siempre está María. Ella reunía a los discípulos para invocarlo (Hch 1,14), y así hizo posible la explosión misionera que se produjo en Pentecostés”.

Quisiera terminar esta reflexión, trayendo a nuestra mente y corazón a tantos hermanos que hoy en día sufren por diversas circunstancias, de manera especial por la violencia y la inseguridad. También para estas circunstancias de sufrimiento y dolor para tantos de nuestros feligreses, la Virgen María nos enseña a caminar juntos, a vivir la sinodalidad. María camina junto a algunas mujeres, y al discípulo amado, acompañando a su Hijo que carga con la cruz en camino al Calvario. Se hace parte del dolor de su Hijo y de la humanidad entera, cae junto a Él, y junto a las mujeres, llora por las injusticias (Lc 23, 28-31). Es necesario, como María, hacer un camino con aquellos hermanos que sufren a causa de egoísmos, vanidades, soberbia y otros males tan enraizados en la sociedad actual.

ORACIÓN

Oh María, Madre y modelo de la Iglesia.

Virgen oyente, Virgen orante, Virgen fecunda,

Virgen oferente, Virgen vigilante, esposa, madre y reina.

Tú aceptaste al Verbo con inmaculado corazón,

lo concebiste en tu seno virginal, y, al darlo a luz,

preparaste el nacimiento de la Iglesia.

Tú, junto a la cruz, aceptando el testamento del amor divino,

tomaste como hijos a todos los hombres

nacidos a la vida sobrenatural por la muerte de Cristo.

Tú, esperando con los apóstoles la venida del Espíritu,

uniendo tus oraciones a la de los discípulos,

*te convertisite en el fundamento de la Iglesia suplicante.
Desde tu asunción a los cielos, acompañas a la Iglesia peregrina con amor materno,
y proteges nuestros pasos hacia la patria celeste,
hasta la venida gloriosa del Señor.*

*A ti acudimos en este día, y te encomendamos la celebración
y el fruto
del Sínodo de los obispos sobre la sinodalidad,
para que la Iglesia, a impulsos del Espíritu,
crezca en comunión, en participación y en espíritu de misión.*

*Lleva esta humilde súplica a tu Hijo,
para que Él la presente al Padre, y no nos abandones a nosotros,
para que siempre y en todo momento podamos hacer lo que
Él nos diga.*

*Que el Espíritu, que fecundó tus entrañas por la escucha y
obediencia de la fe,
siguа renovando y rejuveneciendo la Iglesia por los caminos
de la comunión y la unidad.*

Amén.

Temas de Estudio

TEMA 1

HACIA UNA TEOLOGÍA DE LA SINODALIDAD

Pbro. Dr. Francisco Noé Hernández Enríquez

La compleja realidad eclesial que podemos constatar en la actualidad en torno al tema de la “sinodalidad”, nos da la pauta para interesarnos en tratar de exponer teológicamente algunas líneas que tengan por objetivo, la motivación de despertar el gran deseo de promover y estimular los procesos participativos en la comunidad eclesial, esto *“caminando juntos”* como Pueblo de Dios y «siguiendo el ideal de las primeras comunidades cristianas, donde los creyentes tenían un solo corazón y una sola alma» (EG 31).

El método que se utilizará para exponer la presente temática, es el referente al ver-juzgar-actuar, método que hemos de utilizar con la conciencia y bajo la convicción de que es un instrumento al servicio de la fe, teniendo en cuenta que una reflexión teológico-pastoral eficaz y realmente evangélica, no se adquiere de deducciones filosóficas y sociológicas, sino que la realidad a de *“mirarse teologalmente”*, es decir, ver la realidad desde la óptica de la fe con *“mirada de discípulo”*, considerando el dato histórico-cultural del Pueblo de Dios que ha de poner el énfasis en una antropología integral, que tenga a Cristo como paradigma de todo hombre, al igual que en una eclesiología de comunión que subraye la importancia de que en virtud del bautismo, el creyente está llamado a ser sujeto de evangelización, siendo discípulo misionero del Señor de la vida (cf. Aparecida 19).

1. Mirar creyentemente el interés de profundizar el horizonte teológico de *“caminar juntos”*

La presente reflexión quiere brindarnos la oportunidad de profundizar en la atmósfera teológica que ha envuelto con fuerza a muchos de los miembros de la Iglesia frente al concepto de “*sinodalidad*”. Es de considerar que ante el discurso pronunciado por el papa Francisco el 17 de octubre de 2015, con ocasión de la conmemoración del 50 aniversario de la creación del Sínodo de los obispos por el papa Pablo VI, ha suscitado gran interés y deseo por desarrollar, orientar y explicar de forma teológico-pastoral, cómo «el camino de la sinodalidad es el camino que Dios espera de la Iglesia del tercer milenio».

Ante la necesidad de estudiar, clarificar y ahondar en dicho término, la Comisión Teológica Internacional presentó en el año 2018 el documento titulado: *La sinodalidad en la vida y misión de la Iglesia*, documento que especialmente nos dará la pauta para mostrarnos el amplio horizonte teológico que este concepto ofrece a la Iglesia, esto recordando que este modo de ser Iglesia, debe llevar a todos sus miembros a ser conscientes de que «lo importante es no caminar solos, sino contar siempre con los hermanos y especialmente con la guía de los obispos, en un sabio y realista discernimiento pastoral» (EG 33), pues una Iglesia en salida hacia las periferias geográficas y existenciales, exige urgentemente la vivencia de una experiencia eclesial no autorreferencial, sino servidora de la vida y la causa de Jesús, la cual tenga en cuenta la participación corresponsable de todo el Pueblo de Dios guiado por sus pastores.

Basta con mirar un poco la realidad eclesial para ser conscientes de que profundizar teológicamente en el tema de la “sinodalidad, implica reforzar en la conciencia y en el corazón de cada uno de los miembros de la Iglesia, que «el Evangelio no es solo una comunicación de cosas que se pueden saber, sino una comunicación que comporta hechos y cambia la vida» (SS 2), de forma que para reflexionar sobre

el presente tópico, no basta sólo el *lenguaje informativo*, el cual, en no pocas ocasiones ha contribuido a malinterpretar el término creando confusiones y fuertes polémicas *ad intra* y *ad extra* de la realidad eclesial, de ahí que se haga necesario que al hablar de dicho término, haya el esfuerzo por reinventar una atmósfera eclesial donde se desarrolle el *lenguaje per-formativo*, más que el *lenguaje solo informativo* (cf. SS 2), de manera que esto impulse a todos los miembros del Pueblo de Dios guiado por sus pastores, a formarse y no sólo informarse, poniendo así en práctica *el principio de la pastoralidad de la doctrina* expresado más en palabras (cf. Lc 24,19).

El papa Francisco al afirmar que la “sinodalidad” indica el *modus vivendi et operandi* de la Iglesia, y que este es «el camino que Dios espera de la Iglesia en el tercer milenio...caminar juntos –laicos, pastores, obispo de Roma», ha sido objeto de fuertes críticas, polémicas e interpretaciones unilaterales, las cuales comprenden la “sinodalidad” bajo la interpretación de que todo en la Iglesia es votable, señalando que una Iglesia sinodal caería en el riesgo de limitar la Verdad al fruto de la opinión, dándole al término “sinodalidad” un tinte democrático, el cual hace pensar que en la Iglesia se decide lo que digan las mayorías o minorías, esto sin tener en cuenta la asistencia del Espíritu de Dios y sin distinguir la diferencia entre lo que es el voto consultivo y deliberativo, subrayando que vivir en una Iglesia sinodal es poner en peligro incluso las verdades de fe. Otros, en cambio, interpretan el término como el aceptar que los fieles laicos han de caminar unidos en una especie de ejército que cumple ciegamente y va detrás de la autoridad que les somete a su servicio. Ninguna de estas interpretaciones es la adecuada, pues la Iglesia no ha sido fundada para que funcione democráticamente según la opinión de las mayorías o minorías, donde unos imponen y hacen y otros se aguantan.

Ante tales interpretaciones frecuentes en torno al término que nos compete estudiar, es necesario ser conscientes que la unidad verdadera ha de vivirse en la diversidad, de forma que todos, “*caminando juntos*” como miembros del Pueblo santo de Dios, vayamos construyendo el Reino poniendo los dones al servicio de los demás. Bajo esta perspectiva, pasemos a juzgar desde los criterios del Hijo de Dios, cómo una Iglesia sinodal busca articular armónicamente y equilibradamente la diversidad de los dones que derrama el Espíritu en cada uno de los miembros del Pueblo de Dios, esto siempre en beneficio de la vivencia de la comunión eclesial.

2. El Pueblo de Dios que camina en “sinodalidad” guiado por sus pastores

La palabra sínodo se deriva de las palabras griegas *syn* que significa “juntos” y *hodos* “camino”. Por lo tanto, en sentido estricto y siguiendo el pensamiento de San Juan Crisóstomo, la sinodalidad significa “caminar juntos”. Con la palabra sínodo se podría indicar, en sentido más amplio, la reunión, el encuentro, el acuerdo, la asamblea. La sinodalidad entonces orienta al encuentro, incluye la discusión en un ambiente de escucha constante y favorece el diálogo sobre asuntos eclesiales particulares, los cuales, tratados bajo el método del discernimiento eclesial, han de tener como finalidad hacer madurar el sentir de todos los miembros de la Iglesia, teniendo como punto de partida y de llegada la vivencia del Evangelio.

Después de considerar el término desde su raíz etimológica, hemos de señalar que el concepto de “sinodalidad” no se encuentra literal, ni explícitamente en la Biblia, sin embargo, su contenido está bien presente, pues la sinodalidad, la comunión eclesial y la colegialidad, existen desde el inicio de la Iglesia fundada y querida por el Señor Jesucristo (cf. CTI 42). En referencia al gran *kairós* que manifestó la

celebración del Concilio Vaticano II en cada uno de sus documentos y afirmaciones, es importante indicar que el Concilio tampoco utilizó de forma explícita dicho término, ni mucho menos lo trató de manera sistemática como tal, pues los padres conciliares sólo se limitaron a subrayar el contenido sustancial del concepto de manera significativa al interno de sus enseñanzas, muestra de ello es el número 32 de la Constitución dogmática *Lumen gentium* cuando afirma: «Aun cuando algunos, por voluntad de Cristo, han sido constituidos doctores, dispensadores de los misterios de Dios y pastores para los demás, existe una auténtica igualdad entre todos en cuanto a la dignidad y a la acción común a todos los fieles en orden a la edificación del Cuerpo de Cristo. La distinción que el Señor estableció entre los sagrados ministros y el resto del Pueblo de Dios lleva consigo la unión, ya que los pastores y los demás fieles están vinculados entre sí por recíproca necesidad».

Desde este contexto teológico, el Concilio trata implícitamente el término al interno de la *eclesiología de comunión*, clave para comprender sus enseñanzas en torno a la Iglesia, de ahí que la sinodalidad comprendida como una “dimensión” de la naturaleza de la Iglesia, se muestre concretamente como el campo de acción eclesial que tiene como principio la escucha en el ámbito del discernimiento pastoral según el Espíritu de Dios, y como sujeto al Pueblo de Dios guiado por sus pastores, pues la sinodalidad no es un simple modo de proceder, sino que es un “modo de ser eclesial” que al considerar «el método del discernimiento comunitario y apostólico, es expresión de la misma naturaleza de la Iglesia, misterio de comunión con Cristo en el Espíritu Santo» (CTI 42).

En este mismo horizonte teológico, la dimensión sinodal de la Iglesia está estrechamente vinculada con otras dos categorías teológicas fundamentales a saber: la comunión y la colegialidad. La comunión

eclesial es el escenario en el cual se ha de ejercitar la vivencia de la sinodalidad, la cual a su vez tiene por objetivo reforzar la vivencia de la comunión en el seno de la Iglesia. Entonces, la sinodalidad es un modo de ser Iglesia y un modo de ejercicio de la colegialidad en la Iglesia comunión. Se trata entonces de una comunión jerárquica que, por tanto, implica a todo el Pueblo de Dios, al Colegio episcopal y a su cabeza, el Obispo de Roma, quien al ser «el Romano Pontífice, como sucesor de Pedro, es el principio y fundamento perpetuo y visible de unidad, tanto de los obispos como de la muchedumbre de fieles» (LG 23). Es en este sentido, que un renovado dinamismo sinodal en la Iglesia exige, una más profunda vivencia de la comunión eclesial en su dimensión espiritual y visible, jerárquica.

Después de considerar este marco preliminar en torno al significado del término “sinodalidad” y su relación con las categorías de colegialidad y comunión, intentemos decir alguna palabra sobre los fundamentos teológicos de la “sinodalidad”.

Los conceptos de “comunión” y “sinodalidad” están íntimamente relacionados, pero no debemos confundirlos. La “sinodalidad” al ser una “dimensión eclesial” muestra de una manera concreta la vivencia de la comunión que tiene como fuente, modelo y meta el Misterio Trinitario (cf. LG 4). Por lo tanto, la sinodalidad no opaca, ni destruye la comunión, sino que la hace concreta como un “modo de ser” Iglesia, pues una Iglesia sinodal exige la vivencia de la comunión dinámica a ejemplo de la *perijoresis* Trinitaria, es decir, la Iglesia al caminar en sinodalidad, ha de reflejar entonces en su ser y en su actuar, la relationalidad típica del Dios trinitario como amor que se derrama y se comunica en un vivo reflejo de la vivencia de la comunión entre los miembros del Pueblo de Dios, pues es «en el don y en el compromiso de la comunión donde se encuentra la fuente, la forma y el objetivo de la sinodalidad en cuanto que

expresa el específico *modus vivendi et operandi* del Pueblo de Dios en la participación responsable y ordenada de todos sus miembros en el discernimiento y puesta en práctica de los caminos de su misión» (CTI 43).

Otro fundamento teológico a tener en cuenta, es que la sinodalidad tiene como base una profunda *eclesiología de comunión*, pues su ejercicio implica la vivencia de una participación de todos los bautizados en la misión de la Iglesia, esto siendo conscientes de que en virtud del sacramento del bautismo recibido, todos somos iguales y gozamos de la misma dignidad, de forma que la participación de cada bautizado en la misión eclesial, se ha de mirar no como una posibilidad facultativa u opcional, sino como una cooperación eclesial en donde los fieles laicos dejándose guiar por sus pastores, traten de buscar ordenar según Dios los asuntos temporales y otros servicios comunitarios, entre los que destaca su función consultiva y no deliberativa, por ello, la comunión al ser una realidad en lo concreto de la Iglesia, debe conjugar el papel y el protagonismo peculiar de *todo el Pueblo de Dios* guiados por *sus pastores (colegio episcopal)* que caminan en comunión con el obispo de Roma que preside, expresa y garantiza la unidad.

Desde este enfoque eclesiológico, la teología ha de tener como punto de partida el sacramento del bautismo y no el sacramento del orden sacerdotal, pues es a través del sacramento del bautismo que se inicia el camino de la fe, de manera que este sacramento al ser la base de nuestra experiencia cristiana, nos hace participar del acontecimiento salvífico fundamental, el cual nos hace renacer en Cristo a la vida de hijos de Dios, constituyéndonos templos vivos del Espíritu Santo y miembros vivos del Cuerpo de Cristo. Desde esta perspectiva, la Iglesia está llamada a evangelizar caminando como Pueblo de Dios y viviendo en comunión, de manera que todo bautizado guiado por sus pastores,

participando a su manera del triple *munus* de Cristo, no sólo es “objeto” de evangelización, sino verdaderamente “sujeto” evangelizador (cfr. LG 11-12; EG 111-114).

La “sinodalidad” en la vida y misión de la Iglesia, no debe entenderse como una estrategia netamente teológica-pastoral, sino como verdadero fruto de la iniciativa divina, pues Dios queriendo salvar a los hombres en una comunidad que vive la comunión en su sentido vertical y horizontal, busca y desea que los miembros de su Pueblo elegido “*caminen juntos*”, pues solo desde la vivencia de la sinodalidad, la Iglesia se concebirá como el “*nosotros*” cristiano que en virtud del bautismo recibido, está llamado a evangelizar.

Entonces, “Caminar juntos” como Pueblo de Dios que vive en comunión la misión encomendada por Jesucristo, tiene como finalidad edificar una Iglesia sinodal caracterizada por el discernimiento evangélico y comunitario, el cual se ha de desarrollar en un ambiente de escucha y diálogo, en donde la autoridad del ministerio jerárquico ha de traducirse en servicio al Pueblo *fiel* de Dios. De esta manera el sínodo de los obispos se ha de convertir en el punto de convergencia del dinamismo de escucha conducido a todos los niveles de la vida de la Iglesia, en donde el término de “sinodalidad”, no ha de confundirse con el de “colegialidad episcopal”, pues la “sinodalidad” ha de comprenderse bajo la dimensión operativa de la *communio ecclesiarum*, la cual se vincula y se realiza en sentido propio sólo a través del ejercicio del ministerio episcopal y sus configuraciones históricas, pues según la Comisión Teológica Internacional, «la sinodalidad designa además, en un sentido más específico y determinado desde el punto de vista teológico y canónico, aquellas estructuras y procesos eclesiales en los que la naturaleza sinodal de la Iglesia se expresa en nivel institucional, en modo análogo, en los niveles de su realización: local, regional y universal. Estas estructuras y procesos están al servicio

del discernimiento de la autoridad de la Iglesia, llamada a indicar, escuchando al Espíritu Santo, la dirección que se debe seguir» (CTI 70b).

«La acción del Espíritu en la comunión del Cuerpo de Cristo y en el camino misionero del Pueblo de Dios es el principio de la sinodalidad» (CTI 46). Entonces, el ejercicio sinodal es el signo de comunión y docilidad al Espíritu Santo. Escuchar y explorar el *sensus fidei* en profunda comunión con los pastores de la Iglesia, abre nuevos caminos para escuchar lo que «el Espíritu dice a las Iglesias» (Ap 2,7) en orden a lo que Dios quiere para su Iglesia hoy, redescubriendo así, una Iglesia atenta a valorar los dones y carismas distribuidos por el Espíritu de Dios a cada uno de los fieles, y dispuesta a continuar con la misión encomendada por Jesucristo.

La sinodalidad tiene su fuente y su cumbre en la celebración de la Eucaristía. «En torno a la mesa eucarística, las diversas Iglesias locales se constituyen y se encuentran en la unidad de la única Iglesia universal. El banquete eucarístico expresa y realiza el “nosotros” eclesial de la *communio sanctorum* en el que los fieles se convierten en participantes de la multiforme gracia de divina» (CTI 47).

Finalmente, y no menos importante, se ha de señalar que la sinodalidad manifiesta el carácter peregrino de la Iglesia rumbo a su meta definitiva que es Jesucristo. En este sentido la categoría Pueblo Dios utilizada por el Concilio Vaticano II para señalarnos lo que “es” la Iglesia, marca su aspecto socio-histórico, mientras que la categoría Cuerpo de Cristo, subraya su aspecto mistérico sacramental. Como podemos observar, las distintas dimensiones «del designio divino de salvación que se realiza en el misterio de la Iglesia, describen el horizonte teológico dentro del cual la sinodalidad se ha manifestado y se ha puesto en acto a través de los siglos» (CTI 48).

3. Vivir responsablemente el proceso sinodal en comunión y participación

Para muchos hablar de sinodalidad es entrar en crisis eclesial, para otros es una oportunidad para entrar en polémica sin adquirir ningún fruto, sin embargo, para otros muchos es una oportunidad para reflexionar y vivir en comunión constante la misión de la Iglesia.

Ante esta realidad eclesial, veo importante redescubrir el matiz positivo que se puede encontrar a través de la “*crisis eclesial*”, que algunos afirman que se vive al interno de la comunidad eclesial, esto a causa de la “*confusión*” que para unos ha causado la reflexión y la vivencia de caminar como Pueblo de Dios en “sinodalidad”. En el griego antiguo el sustantivo *crisis* recuerda la idea de separar, juzgar, discernir, de forma que el término adquiere una valoración positiva. En este sentido, los momentos de *crisis eclesial* en nuestra diócesis, pueden transformarse en una ocasión de reflexión, de verificación, de proyección y de acción pastoral concreta bajo el presupuesto de reinventarnos como una Iglesia en camino, que, superando el virus del clericalismo, se deja transformar por Cristo Pastor y Siervo, en una Iglesia servidora de la humanidad. Si queremos utilizar un lenguaje más cercano a la Sagrada Escritura en torno al término “*crisis*”, podríamos decir que cada crisis lleva consigo un *kairós*, es decir, una oportunidad, un tiempo precioso misteriosamente atravesado por Dios, un periodo propicio que irrumpre el ciclo cotidiano que nos pide asumir una actitud distinta: Escuchar y vivir responsablemente la llamada a la conversión en una Iglesia sinodal, que tiene como centro a Jesucristo paradigma de todo hombre (cf. GS 22).

Vivimos en una realidad que nos hace evidenciar muchas veces «la incapacidad de actuar conjuntamente. A pesar de estar *hiperconectados*, existe una fragmentación que hace más difícil resolver

los problemas que nos afectan a todos» (FT 7). Esta constatación en nuestra Iglesia diocesana de Guadalajara, es una oportunidad para darnos cuenta de la importancia que tiene aprender a escucharnos y ayudarnos fraternalmente, antes que criticarnos, pues al navegar en una misma barca, hemos de ser conscientes «de que el mal de uno perjudica a todos...que nadie se salva solo, que únicamente es posible salvarse juntos» (FT 32). Por lo tanto, vivir en “sinodalidad” es una fuerte invitación a evitar todo aislamiento, lenguaje y gesto excluyente, indiferente y egoísta, pasando a considerar el lenguaje incluyente del “*nosotros eclesial*” (cf. FT 35).

Toda acción pastoral de una Iglesia que camina en clave sinodal, ha de pensarse y vivirse al interno de un proceso eclesial en tres momentos concretos: la profecía, el discernimiento comunitario del Pueblo de Dios guiado por sus pastores y la decisión asumida en obediencia a la vivencia de la voluntad de Dios. Para actuar así, es necesario buscar asociar teología, pastoral y espiritualidad frente a las constantes tentaciones ideológicas, las cuales muchas veces desembocan en el divorcio entre ortodoxia y ortopraxis, divorcio que no permite que la Iglesia se manifieste como verdadera servidora de Jesucristo pobre y humilde, en la línea evangélica de Mt 25,31-46, la cual sigue la solidaridad fraterna de Cristo Buen Samaritano (Lc 10, 29-37); dos claves que debemos articular a la luz de la misericordia, como principio configurador de toda acción de una Iglesia sinodal según el proyecto de Dios.

TEMA 2

ENOC, EL QUE CAMINABA CON DIOS

(GEN 5,22)

Algunas líneas para la vivencia de la sinodalidad en la Iglesia.

Pbro. Lic. José Estrada Hernández.

VER CON LOS OJOS DEL PADRE.

(BASES BÍBLICAS)

La enigmática figura de Enoc el hijo de Jared ha sido inspiración de numerosas historias de la literatura apócrifa. Si bien poco se dice de él en la Escritura, una mención es memorable en Gen 5,22 «*Enoc caminaba junto con Dios*», pues de ningún otro patriarca antediluviano se dice lo mismo¹; además que en el pensamiento judío nadie podía acercarse a Dios de manera familiar sin exponer su vida. Existe otra posibilidad de interpretación, la de una relación más espiritual, así Enoc sería un personaje sobresaliente por su intimidad con Dios, su piedad² y por cumplir los mandamientos divinos. De suerte que este «*caminar*», más que denotar un sentido físico-espacial estaría manifestando una realidad moral-espiritual.

Enoc es un modelo de figura piadosa que el autor sagrado está presentando desde el inicio de la Biblia para que los lectores reconozcan que lo que realmente agrada a Dios es que sus fieles

1.- Hay que decir que se usa la misma forma hitpael del verbo *hlk*, en Gen 6,9 referido a Noé, poniendo de relieve la especial amistad y cercanía con Dios. Los patriarcas posteriores caminarán «delante del Señor».

Cf. G.J. WENHAM, *Word Biblical Commentary*, Genesis 1-15, I, 127.

2.- Cf G.J. WENHAM, *Word Biblical Commentary*, Genesis 1-15, I, 127.

cumplan los mandamientos. Teológicamente se percibe la preeminencia del actuar moral sobre el culto sacrificial; el primero exige compromiso y responsabilidad para guardar la Sagrada Alianza con Dios mientras que el segundo solamente exige víctimas irracionales y corre el riesgo de eximir la responsabilidad y la coherencia personales frente al pacto divino.

El hombre está llamado a caminar con Dios en el cumplimiento de los mandatos divinos y a tener una relación con Él a través de los sacrificios; entiéndase sacrificio desde su etimología que es «*sacrum facere*», hacer algo sagrado y no únicamente reducirlo al primitivo deseo que la divinidad tuviera un débito con el sacrificante³.

JUZGAR CON LOS CRITERIOS DEL HIJO (PANORAMA DE LA SOCIEDAD ACTUAL.)

Ahora bien, tomando como base la naturaleza del hombre y el ejemplo bíblico citado, se esperaría que la experiencia humana fuera acorde al ideal del ser humano, sin embargo, somos testigos de la corrupción ética y social que hay en el hombre, contradiciendo su naturaleza y causando desorden en la creación de Dios.

Dios es definido por san Juan como «*Amor*» (1Juan 4,8), pero no un amor estático o pétreo, sino dinámico. Dios es amor en la plenitud de su onticidad, pues Dios ama como nadie lo puede hacer, ama porque es su esencia hacerlo así; el hombre para ser plenamente humano y plenamente imagen de Dios tiene que amar. El problema surge con la libertad finita del ser humano, pues si bien la libertad en Dios es absoluta, en el ser humano por el contrario se da un proceso

3.- Cf. R. CAILLOIS, *El hombre y lo sagrado*, 21-22.

de aprendizaje y esfuerzo para ser libre, pues el simple libre albedrío (capacidad para elegir) no es la libertad, ya que esta siempre tiene como objeto el bien.

El sofisma antiguo elaborado por Protágoras de Abdera «*el hombre es la medida de todas las cosas*»⁴, evidencia un antropocentrismo social, en el cual el ser humano absolutiza su ser, olvidando su creaturalidad⁵, haciendo apoteosis de sí mismo. La dificultad no acaba aquí, pues llevando al extremo este planteamiento filosófico, no nos quedaríamos solo en el relativismo (en sus diferentes expresiones: gnoseológico, ético, axiológico, etc.), sino que llegaríamos al individualismo (relativismo individualista) en el que el «Yo», se propone como la medida de todas las cosas. Este individualismo reina en la sociedad actual y pondera más la opinión propia que la evidencia misma. Y el pseudoargumento con el que se pretende legitimar este relativismo individualista es el respeto; así, aún en las afirmaciones más absurdas que contradicen la evidencia empírica científica, o en los postulados aberrantes que carecen de lógica se levanta la voz de la ignorancia que dice: «*eso es lo que creo yo, irespétame!*», como si argumentar lógicamente, cuestionar, probar científicamente fueran un atentado al respeto, un daño público a la sociedad.

Incluso el egoísmo toca áreas santas y profundas en el ser humano para desvirtuar su auténtico sentido. Por ejemplo, en el sacramento de la Reconciliación, cuyo objetivo es precisamente reconciliar al hombre pecador con Dios; el problema surge, cuando se acercan al confesionario personas tremadamente abatidas, diciendo que se sienten muy mal de haber hecho tal o cual cosa y el profundo dolor no se origina por haber ofendido a Dios, sino por haber lacerado el propio narcisismo, experimentando la frustración de haber sido heridos ellos mismos. Cabe

4.- DIÓGENES LAERCIO, *Vidas de los filósofos más ilustres*, 318.

5.- Si bien la palabra no existe en el Diccionario de la RAE, permítaseme el neologismo para resaltar la naturaleza de creatura que tiene el hombre.

señalar que en algunas ocasiones incluso la motivación para recibir los sacramentos no busca la relación con Dios, sino la satisfacción perfeccionista de sí mismo, expresada en frases como: «*Me confieso porque quiero estar bien, quiero tener paz interior*», «*me acerco a los sacramentos porque quiero mejorar*», dejando entrever una espiritualidad inmanentista que no pretende relación alguna con la divinidad, sino únicamente una práctica perfeccionista justificadora y catártica.

El hombre actual busca más sentir que pensar, quiere la legitimación de su hedonismo más que la disciplina y el orden. El caos final de esta situación es que, aunque se hable del «*apoyo mutuo*» y de la «*solidaridad*», estos valores solo son reales cuando están en sintonía con las ideologías de la masa, pero cuando el ser humano realmente quiere pensar por sí mismo, actuar por sí mismo se le abandona a su suerte cual ser apestado, se le considera obtuso y paradójicamente, poco racional, se le rezaga por intolerante. Sentimentalismo y hedonismo van de la mano exigiendo una posición legítima en las leyes, la cultura, la moral, la religión y en la vida misma.

Sin embargo, el hombre experimenta esa necesidad de amar, pues está en su naturaleza, no la puede reprimir ni suprimir. A pesar de vivir en un mundo egoísta, el ser humano no encuentra entera satisfacción en lo material y surge la necesidad de la relación afectiva, del encuentro espiritual. Es el clamor del alma que busca la saciedad de su propio anhelo. Desafortunadamente para algunos, la respuesta se encuentra en el intento de suplir la necesidad por sustitución del objeto, es decir, aunque el ser humano se plenifique en la relación con otro ser humano o con Dios mismo⁶, va a preferir el reino del hedonismo que busca

6.- El ser humano es persona, por eso la mejor manera de satisfacer su necesidad de relación, será con otra persona y esto solo se puede hacer entre personas. La filosofía tomista admite que hay tres tipos de persona, la humana, la angelica y la divina, de suerte que solo entre ellos se pueden dar relaciones personales; “Si la palabra «persona» se dice con relación a sí mismo y no a otro, es porque expresa la relación, no como tal relación, sino a modo de la substancia, que es una hipóstasis” (S.Th. I, q.29, a.4, ad1) Por su parte el Papa Benedicto XVI, siendo cardenal, decía: “Podemos decir, pues, que si bien el Absoluto es persona, no

compensar esta necesidad espiritual con naturalezas inferiores, tales como mascotas; un afecto garantizado, pues se da una relación de superior-inferior. Aparece entonces el problema de preferir el afecto de un animal al de un ser humano, despreciando el valor ontológico de la persona humana al pretender satisfacer la necesidad de relacionalidad.

Aunque se romanticen estas relaciones (con inferiores, animales, plantas u objetos inertes), lo único que evidencian es la comodidad egoísta de poseer un objeto de placer emocional, en donde el objeto amado, en realidad es un esclavo afectivo que mengua la capacidad oblativa del hombre inhabilitándolo para alteridad.

El hombre equilibrado es capaz de tener auténticas relaciones reales y funcionales con seres superiores e inferiores, porque conoce su naturaleza y se identifica con ella sin que eso represente una ofensa, humillación o algún tipo de desprecio. Para ilustrar lo anterior, pensemos en un ejemplo trivial: un gato que se lamenta por su existencia felina, quejándose por ser identificado como tal y aspirando tener una naturaleza canina. Con obviedad diríamos que debe aceptar su naturaleza y gozarla, disfrutarla, pues es un gato. Desafortunadamente esta evidencia gatuna en algunos casos no es tal cuando se refiere a la complicada naturaleza humana.

Una de las maneras de justificarse ante un error, hace algunos años (y entre algunas personas mayores) solía ser: «*es que somos hombres*», «*es que somos del barro de Adán*»; los más letrados citaban a san Agustín: «*si fallor sum*» (si me equivoco existo)⁷, apelando a que la naturaleza humana es común a todos los humanos y todos los humanos somos sujetos de equivocarse. El conflicto surge en la sociedad actual

es absolutamente singular. Por consiguiente, el concepto de persona trasciende por fuerza lo singular” J. RATZINGER, *Introducción al cristianismo*, 152.

7.- SAN AGUSTÍN, *La Ciudad de Dios* XI, 26.

que pondera la unicidad de cada ser humano, haciendo pensar que cada quien es totalmente diferente de los demás. La afirmación en sí misma es peligrosa pues hace creer que la propia existencia está fuera de la naturaleza humana, por ende, no tendría que identificarse con ella. Tenemos entonces, seres humanos que se consideran animales, plantas, más jóvenes, más viejos, dioses y un elenco interminable, arguyendo que son diferentes y que requieren un trato diferente. La justificación colectiva que anteriormente mencionamos se transforma en una justificación individualista, eliminando el colectivismo: «*es que yo soy así*». Las problemáticas de esta visión son innumerables pues se anularía la objetividad de las leyes, la ética generando un estado anárquico, también baste con mencionar racismo, clasismo, definición arbitraria del concepto de persona (se excluyen no nacidos, enfermos terminales, discapacitados y ancianos), productivismo (vales si produces) y un largo etcétera.

ACTUAR CON LA FUERZA DEL ESPÍRITU SANTO. (PROPUESTASINODALPARAELSER HUMANO DESDE SU INDIVIDUALIDAD)

Después de este recorrido, se señalan algunos desafíos para la Iglesia; comunidad y sacramento universal de salvación, título que le da el Concilio Vaticano II en repetidas ocasiones (LG 1,2; 48,2; 59,1; GS 45,1; AG 1,1; 5,1). Recordando que la propuesta sinodal de la Iglesia cosa en la que se ha insistido últimamente no es un concepto de moda, sino que es parte de su naturaleza misma.

El primero es la necesidad de que el hombre vuelva a su esencia, que reconozca la imagen de Dios que hay en él y que camine en los mandamientos sagrados como expresión de su propio ser. No es una

imposición arbitraria, más bien de manera análoga sería un manual de instrucciones hecho propiamente por el fabricante del producto. Dios Creador nos enseña cómo vivir, para que nuestra vida sea plena, si el hombre decide algo diferente en contra de las normas de su propia naturaleza atenta contra Dios y encuentra su propia frustración.

El segundo es hacer que el hombre comprenda que desde su origen es un ser comunitario, quien, sin perder su individualidad, su pensamiento propio, se encuentra inserto en una sociedad y tiene que superar el individualismo abriéndose a la relación adecuada con Dios y con sus hermanos. El hombre debe contribuir con las propias cualidades a la construcción del Reino de Dios, como dice san Pedro: *«Que cada uno según el don que ha recibido, se ponga al servicio de los demás, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios»* 1Pe 4,10.

El «cómo» no es tan complicado. Lo primero que hay que hacer es volver al origen etimológico de la palabra Iglesia, es decir «asamblea» y desde esta perspectiva comunitaria y de encuentro proyectar propuestas concretas, integrales y sinodales.

En esta misma línea surge otra propuesta, que es «*hacer iglesia*», es decir hacer comunidad de fe en las diferentes instancias de la vida. El cristiano tiene que ser misionero no solo con sus palabras sino con sus acciones testimoniales, como lo dirá san Pablo: *«Insiste a tiempo o a destiempo»* (2Tim. 4,2), de manera que la autenticidad y coherencia pondrán de manifiesto los valores que profesa y aunque la sociedad corrupta desacredite y ataque este obrar bien; seguirá siendo una luz en medio de las tinieblas, un ejemplo de hacer lo correcto y agradar a Dios y también un modelo e inspiración para las personas que lo rodean. Y aunque pareciera perdida de tiempo y esfuerzo inútil, las palabras de Ezequiel confortan mucho, pues el proyecto y compromiso

principal es con Dios: «*aunque te escuchen o no te escuchen, sabrán que hay un profeta en medio de ellos*» (Ez. 2,5).

La propuesta sinodal de la Iglesia busca promover al hombre en lo individual para que logre su incorporación en lo colectivo, es aquí donde conviene insistir sin temor a la censura que el hombre es imagen de Dios y que tiene una naturaleza inalienable.

Jesús es la Vida verdadera (Jn 14,6) y la Iglesia fiel a Cristo es también custodia y promotora de la vida humana en sus diferentes etapas, desde su concepción hasta la muerte natural. La dignidad del hombre está en la cúspide de la creación, de manera que nunca se podrá admitir que se le instrumentalice o manipule, ni física, ni biológica, ni ética, ni de ninguna manera⁸.

El hombre por ser imagen de Dios es libre, no con libertad absoluta, pero sí con auténtica libertad y es tarea de la Iglesia el defender esta libertad pronunciándose ante las modernas formas de esclavitud.

La Iglesia la conformamos todos los bautizados, y en la Iglesia católica subsiste la Iglesia de Cristo (LG. 8), en ella se manifiesta la unción de Espíritu Santo por el *sensus fidei*⁹, de manera que el Pueblo de Dios es infalible *in credendo*¹⁰. Así, la idea de sinodalidad no se reduce a un método de trabajo de la jerarquía católica, en donde cedemos la responsabilidad a los clérigos de promover el caminar en comunión. La sinodalidad es tarea de todos, por ende, es método y también

8.- Las maneras actuales de manipulación biológica legitiman la experimentación con fetos humanos con el pretexto de encontrar cura para enfermedades o incluso desarrollar vacunas y avances científicos, pero esto va en contra de la naturaleza misma. Aquí se aplica el principio filosófico: “El fin no justifica los medios”. Por otra parte, es aberrante pensar en la manipulación física, como la esclavitud o en las manipulaciones éticas, como fanatismos extremos, que en ambos casos anulan la libertad del hombre.

9.- El *sensus fidei* es el sentido de la fe que tienen los bautizados, es fruto de la gracia del Espíritu Santo para comprender y creer las verdades de fe.

10.- Cf. CTI, *La sinodalidad en la vida y en la misión de la Iglesia*, 56.

espiritualidad de comunión, que no excluye a nadie, por el contrario, integra a todos los bautizados para caminar de manera organizada en la construcción del Reino de Dios aquí en la tierra, para alimentarnos de las enseñanzas del Maestro, como aquellos discípulos de Emaús que manifiestan la imagen viva de pueblo de Dios (Lc.24,13-35)¹¹.

Los laicos son pieza clave en la sinodalidad, por ello es indispensable su formación teológica y científica, para llegar a los areópagos modernos dando razón de la propia fe. En esta misma línea se ofrece la invitación a los teólogos a hacer teología sinodal, en donde se abren las puertas para escuchar, dialogar, discernir e integrar ¹². La profundización científica de la fe nos ayuda a evitar los dogmatismos rígidos e irracionales, al tiempo que sienta las bases para el diálogo con las ciencias profanas. En este sentido, la encíclica *Fides et Ratio*, nos recuerda: «*La fe y la razón son como las dos alas con las cuales el espíritu humano se eleva hacia la contemplación de la verdad*» (FeR. Proemio).

La Iglesia en su misión profética tiene el deber de anunciar y denunciar la verdad y al mismo tiempo respetar los procesos de cada ser humano. Por su parte en el hombre subyace el anhelo de encontrar la verdad y la mejor guía es la propia conciencia; ya lo decía el Concilio Vaticano II:

*“La conciencia es el núcleo más secreto y el sagrario del hombre, en el que éste se siente a solas con Dios, cuya voz resuena en el recinto más íntimo de aquélla. Es la conciencia la que, de modo admirable, da a conocer esa ley (que le advierte que debe amar y practicar el bien y que debe evitar el mal: haz esto y evita aquello.) cuyo cumplimiento consiste en el amor a Dios y del prójimo.”*¹³

11.- Cf. CTI, *La sinodalidad en la vida y en la misión de la Iglesia*, 16.

12.- Cf. CTI, *La sinodalidad en la vida y en la misión de la Iglesia*, 73-75.

13.- CVII. *Constitución pastoral Gaudium et Spes*, 16.

En este sentido, el hombre coherente actúa guiado por la conciencia, que es la voz de Dios, que da serenidad cuando se obra bien e interpela y amonesta cuando no. Por eso la primera y última instancia para buscar la verdad es la propia conciencia. Un compromiso de la Iglesia en este campo es la formación de la recta conciencia.

A manera de conclusión creo que el fundamento de la realización del ser humano es en el amor mismo. Quien se ama honestamente en la verdad, puede mirar a los demás como verdaderos hermanos de su misma naturaleza y comprenderlos. Sin embargo, no es suficiente el amor fraternal para la plenitud, pues esto se reduce a un altruismo.

TEMA 3

HACIA UN MODELO DE LIDERAZGO SACERDOTAL MÁS SINODAL.

Pbro. Lic. Juan Carlos Mayorga Enríquez

INTRODUCCIÓN.

Todos nosotros, como sacerdotes, ejercemos un liderazgo dentro de nuestras comunidades parroquiales o en las diferentes misiones o encomiendas en la que nos toca servir. Podemos decir que el liderazgo es algo inherente a nuestro ser sacerdotal. El ser pastores que están para servir en una comunidad, conlleva en sí mismo una acción directiva. Además, nuestros hermanos y hermanas nos confirman en esta misión de ser pastores. La mayoría de ellos nos conciben como personas confiables, que saben cuál es el camino que conduce a Jesucristo y, por ello, están dispuestos a seguir nuestros pasos y a dejarse conducir por nosotros. Ante ellos, tenemos una autoridad y un poder que hemos de saber emplear con justicia y con prudencia.

Desde la formación inicial se nos enseñó que el modelo de Pastor y, por ende, de liderazgo, es Jesucristo. En esos años de seminario, se nos insistía en encarnar los sentimientos del Buen Pastor, para poder así ser unos auténticos servidores en la Iglesia. Sin embargo, este proceso de encarnación de los sentimientos y actitudes del Buen Pastor, no se dan en “automático” el día de la ordenación sacerdotal, ni tampoco son el resultado de la profunda meditación y contemplación de un ideal. No, es un proceso de *encarnación*, es decir, de *apropiación personal*, que pasa necesariamente por nuestra historia personal y todo nuestro mundo psicoafectivo, emocional e intelectual.

Asimismo, nuestro estilo de liderazgo sacerdotal y, específicamente nuestra manera de ejercer la autoridad y gestionar el poder, generalmente son aprendidos por la observación e imitación de otros que admiramos como buenos pastores. Esta experiencia de aprendizaje y apropiación de un estilo propio en la manera de ejercer el *munus regendi*, también se va confirmando o corrigiendo con la propia experiencia de los éxitos y fracasos que se van teniendo en el ejercicio ministerial.

Sin embargo, no todos los estilos de liderazgo sacerdotal son los adecuados para este tiempo. Hay modelos pastorales y formas de ejercer el liderazgo que responden a una Iglesia que quedó varias décadas atrás, donde la mentalidad y la sensibilidad de los feligreses era muy diferente a la actual. También, existen modelos en los que se peca por abuso del poder o por ausencia de autoridad. Por ello, convendría conocer cuáles son los principales modelos de liderazgo que existen, para reconocernos o desconocernos en ellos y así poder reflexionar en la propia labor como pastor y líder de una comunidad.

DISTINTOS MODELOS DE LIDERAZGO

Existen varios autores y escuelas que identifican los modelos de liderazgo más comunes en nuestros días. Para nuestra reflexión, tomaremos los modelos que analiza Daniel Goleman, quien es uno de los autores más reconocidos en este tema. Cabe señalar que todavía no existe un estudio específicamente aplicado al liderazgo sacerdotal, pero la descripción de estos estilos de liderazgo, pueden ayudarnos a reflexionar en la manera en la nosotras nos desenvolvemos al frente de nuestras comunidades.

1. Liderazgo coercitivo o autoritario

El primero de los tipos de liderazgo, según Goleman, se basa en la disciplina. Quienes adoptan este modelo intentan que permanezca, por encima de cualquier otro valor, la disciplina. Para ello, por lo general emplean instrucciones cortas, concretas y precisas. Son personas de poca escucha y diálogo en el momento de ejercer la autoridad. Además, las consecuencias de no cumplir con lo encargado son duras y en muchos casos intentarán sentar precedente, constituirse como un aviso para aquel que tenga la tentación de relajarse o de no seguir lo pautado.

Este tipo de liderazgo dificulta las relaciones dentro de una comunidad de servicio: lejos de haber un ambiente de respeto hacia el líder-pastor, se crea un clima de presión, nerviosismo, temor, rabia e impotencia. Esto provoca, en general, la desmotivación de los miembros del grupo o de la comunidad: los colaboradores sienten que no tienen control sobre sus encomiendas, que su operatividad y capacidad de decisión no va más allá de la de una máquina. En una palabra, la persona se termina sintiendo usada.

Aunque es un modelo de liderazgo que corresponde más al pasado, este estilo no debería de descartarse por completo, según Goleman. Este solo debería utilizarse en situaciones en las que sea necesario actuar de un modo muy concreto o en las que haya muchos problemas de organización en el grupo. Por ejemplo, durante una emergencia o cuando se realiza una tarea demasiado compleja en la que los límites no dejan mucho espacio para el error. Pero, no como algo permanente y que marque el estilo propio del líder-pastor.

2. Liderazgo democrático

El liderazgo democrático sigue la idea de que es necesario tener en cuenta las opiniones de todo el grupo a la hora de tomar una decisión. Se reconoce fácilmente por su capacidad de escuchar. Este líder atiende a cada sugerencia, opinión o idea, animando a todos a participar y tomando cada nueva información en consideración. Esto suele implicar multitud de reuniones, debates y charlas. Este estilo puede ser útil, sobre todo en casos en los que haya mucho tiempo para elegir el camino a seguir.

Sin embargo, en este estilo de liderazgo, la figura de autoridad corre el riesgo de diluirse con el resto de la comunidad. Y si no se toma una decisión en el momento correcto, los miembros de esa comunidad podrían llegar a sentir que no tienen un guía o un líder, sino alguien que simplemente asume la decisión de la mayoría, porque tiene miedo a equivocarse o comprometerse.

3. Liderazgo afiliativo

El tercer tipo de liderazgo, según Daniel Goleman, se basa en la creación de lazos o vínculos entre los distintos miembros del grupo o de la comunidad. Así, se consigue una mayor armonía y colaboración entre ellos. Hablamos de un tipo de liderazgo que busca, sobre todo, que el ambiente humano sea bueno. Es decir, se busca que los miembros y colaboradores de una comunidad se sientan tomados en cuenta en la toma de decisiones y en la elaboración de los proyectos y vinculados en una tarea común. Además, en este estilo de liderazgo se fomenta el sentimiento de pertenencia a la comunidad, lo cual genera un mayor compromiso y lealtad.

Sin embargo, en este estilo de liderazgo, los conflictos emergen cuando no se tiene una visión clara de los objetivos y roles, al igual que cuando hay falta disciplina y compromiso en la misión. Además, al generarse una mayor vinculación entre los miembros de la comunidad, sobre todo con el líder o quien ejerce la autoridad, los miembros pueden entrar en conflicto cuando el líder toma una decisión que no les parece y lo interpretan como una traición o una falta de consideración a sus personas.

4. Liderazgo orientativo o visionario

En este estilo de liderazgo, quienes ejercen la autoridad, saben motivar a sus colaboradores o miembros de su equipo de trabajo, mediante una visión clara y que resulta significativa para ellos. Así, se les hace ver a cada uno de ellos cuál es su importante papel dentro de la organización. La principal ventaja de este tipo de liderazgo es que todos tienen claro hacia dónde se dirige el equipo; por lo que la motivación está más presente.

Goleman señala que es uno de los estilos de liderazgo más demandados hoy en día. Se trata de un estilo de liderazgo más empático, en el que el líder se aproxima al colaborador desde la perspectiva más horizontal que vertical. Además, en este estilo de gobernar, el refuerzo positivo es fundamental al igual que la cercanía, pues se ha de buscar mantener la motivación entre todos los miembros de la comunidad.

5. Liderazgo “timonel” o controlador

El papel de un “líder timonel” es marcar un rumbo y conseguir que se mantenga. Él se pone a sí mismo de ejemplo; por lo que busca actuar siempre como lo haría un modelo. Él está dispuesto a enseñarles a

todos los miembros cómo han de hacerse las cosas y va por delante de ellos en la toma de decisiones. Generalmente, señala Goleman, este tiende a ser un modelo de liderazgo protagónico y es empleado por personas a las que les gusta mantener el poder o el control, mediante su ejemplaridad.

El mayor problema de este estilo de liderazgo es que impide que los miembros del equipo puedan sumar algo al proyecto final o la misión, que no sea la replicación de aquello que hace el “líder timonel”. Aunque ellos se sienten motivados por ejemplo del líder, puede ser que también se sientan no tomados en cuenta y, en cierto sentido, manipulados por él. Y si esto se lleva hasta el límite, los colaboradores pueden llegar a sentirse abrumados por la exigencia y la demanda de excelencia.

6. Liderazgo “entrenador personal”

Este último tipo de liderazgo consiste en ayudar a los miembros del grupo, o de una comunidad, a encontrar sus puntos débiles y fuertes. Una vez que se han identificado, el líder trata de que cada uno de ellos desarrolle todo su potencial. La filosofía que hay detrás es que un buen colaborador, que se conoce en sus fortalezas y debilidades, aportará más que uno que no se conoce a sí mismo y, por ello, no haya alcanzado su máximo desarrollo.

La perspectiva de este liderazgo es la formación de colaboradores válidos y autónomos a largo plazo. Es decir, el líder debe asumir que habrá fracasos y pérdidas a corto plazo, pero siempre en aras de mejorar y llegar al punto donde cada persona sepa qué es debe de hacer.

No obstante, este modelo tampoco está exento de dificultades. El principal obstáculo es que se requiere que el colaborador o miembro de la comunidad esté dispuesto a dejarse corregir y guiar por el líder; pues, de lo contrario, se crea un clima de frustración.

¿QUÉ ESTILO DE LIDERAZGO SACERDOTAL SE REQUIERE PARA UNA LOGRAR UNA IGLESIA MÁS SINODAL?

Al conocer brevemente los seis estilos de liderazgo más comunes, que señalan Goleman y otros autores, nos damos cuenta de que no existe ninguno que, por sí mismo, responda a lo que seería un modelo de liderazgo sacerdotal que esté al servicio de la comunión y la sinodalidad. Como señalamos anteriormente, la intención de presentar estos modelos de liderazgo no era asumir uno de ellos como el mejor, sino conocer cuáles son las fortalezas y debilidades de cada modelo.

127

En realidad, para Goleman y otros autores, los mejores líderes no se casan con un solo tipo de liderazgo. Al contrario, la eficiencia del líder residirá en su capacidad para cambiar con flexibilidad de un estilo a otro, según sean las circunstancias. Es decir, un buen líder no sólo sabe cuáles son los objetivos que se deben lograr, sino conducir a los demás adaptándose a la realidad de su comunidad y ejerciendo su liderazgo de manera flexible. Así, en ocasiones se tendrá que ser autoritario o controlador, en otras ocasiones se podrá ser más visionario o afiliativo.

Esto nos permite comprender que más que hablar de un estilo de liderazgo sacerdotal apropiado y único, se puede hablar de algunas características que deberían considerarse a la hora de ejercer la autoridad y el poder, que podrían contribuir a crear un estilo personal de gobierno más orientado hacia la comunión y la sinodalidad. Entre esos rasgos podemos mencionar los siguientes:

- **Generosidad**, que se traduce en entrega y compromiso, no sólo a los proyectos personales, sino a la misión de toda la Iglesia.
- **Humildad**, manifestada sobre todo en aquellas situaciones donde toca aceptar y aprender de las críticas de los demás, así como también en la capacidad para aceptar las propias limitaciones. Además, la humildad propicia la obediencia de cada uno a la voluntad de Dios y la recíproca obediencia en Cristo (Cfr. San Benito de Nursia, Regla, 72, 6).
- **Capacidad de escucha**, sobre todo de la Palabra de Dios y de las mociones que el Espíritu hace resonar en nuestros corazones y en los de demás. Como señala el Papa Francisco: “Una Iglesia sinodal es una Iglesia que escucha (...) Pueblo fiel, Colegio episcopal, Obispo de Roma: cada uno escuchando a los otros; y todos escuchando al Espíritu Santo” (*Discurso en la Conmemoración del 50 aniversario de la Institución del Sínodo de los Obispos*).
- **Capacidad de diálogo**, que se desarrolla en la medida en que renunciamos a imponernos sobre los demás y, más bien, buscamos expresar y escuchar, con respeto, aquello que el Espíritu ha sugerido a ambos interlocutores, para crear la comunión. Se trata de ejercitar «un modo relacional de ver el mundo, que se convierte en conocimiento compartido, visión en la visión de otro o *visión común* de todas las cosas» (Francisco, Enc. *Lumen fidei*, 27).
- **Inteligencia emocional**, la cual hace referencia a la capacidad de darse cuenta de los estados emocionales del equipo y del clima general del ambiente. Además, alude a la habilidad de identificar y gestionar las propias emociones de forma adecuada.

- **Autoconfianza**, que implica no depender de la aprobación de los demás en la toma de decisiones.
- **Autocontrol**, que consiste en priorizar la reflexión sobre los impulsos, filias y fobias; y saber cultivar una visión más eclesial.

PREGUNTAS PARA NUESTRA REFLEXIÓN PERSONAL Y COMUNITARIA.

- ¿Quiénes han sido mis modelos de referencia en la manera en que yo desempeño el *munus regendi* en mi ministerio? ¿Qué es lo que yo admiro de ellos y cuáles de sus actitudes he intentado adoptar como propias?
- ¿Cuál es el estilo de liderazgo que generalmente ejercito? ¿Con cuál me identifico más?
- ¿Cuáles estilos de liderazgo serían los menos apropiados para un sacerdote que busca la comunión y la sinodalidad?
- ¿Cuáles son las principales dificultades u obstáculos que yo descubro en quienes colaboran conmigo cuando se emprende una nueva iniciativa?
- Además de los mencionados, ¿cuáles serían otros rasgos de un estilo de liderazgo sacerdotal que propicie la comunión y la sinodalidad?

TEMA 4

DE LA AUTORREFERENCIA A LA SINODALIDAD

Vivencia sacerdotal

Pbro. Lic. Ramón Duarte Miranda

Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar,..."
E.G. (14)

"Evangelizar significa para la Iglesia llevar la Buena Nueva a todos los ambientes de la humanidad y, con su influjo, transformar desde dentro, renovar a la misma humanidad: "He aquí que hago nuevas todas las cosas" E.G. (18)

He comenzado este tema recordando algunas frases que el Papa Francisco nos recalcaba en su Encíclica *Evangelii Gaudium* y que serán el punto de partida para desarrollar una reflexión que nos lleve a una toma de conciencia seria y a cambios profundos internos, y a actitudes nuevas como pastores de esta Iglesia que el Señor nos ha confiado en el ministerio sacerdotal.

¿Qué significa la autorreferencia?

Lo primero que decimos, es que es todo lo contrario a lo que estos textos mencionan aquí arriba. Pero más precisamente es: una tentación que ataca a los agentes evangelizadores y que consiste en: la enfermedad típica de la Iglesia encerrada que se mira a sí misma. Está encorvada sobre sí misma como aquella mujer del Evangelio.

Es una especie de narcisismo, más adelante abundaremos en ello, es muy importante para ir dejando el Clericalismo y la autorreferencialidad.

¿De dónde nace?

De una iglesia que no sale de sí misma para evangelizar y se enferma. Como la mujer encorvada sobre si misma (Evangelio). Un estarse mirando a sí misma. Un girar sobre su propio eje, como agua que se pudre, porque está estancada y no corre.

¿Cómo se manifiesta?

La Iglesia autorreferencial pretende a Jesucristo dentro de sí, y no lo deja salir, es la iglesia que, sin darse cuenta, cree que tiene luz propia y deja de ser “Mysterium lunae”, y da lugar a este mal tan grave que es la mundanidad espiritual. Se le olvida que ha de ser Misterio de Salvación, y que la referencia es el Salvador.

Hay muchas expresiones que son indicadores que aún vivimos en la autorreferencialidad:

Mencionaré actitudes de nosotros, los sacerdotes, que manifiestan esta autorreferencialidad, y que se convierten en formas o estructuras mentales o eclesiales.

Una comunidad que vive solo para mantenerse

Es una comunidad que no camina, no avanza, se contenta con los que llegan a misa o a los grupos, existe solo para mantenerse en pie; suele tener pocos grupos, porque dicen que para que tanto grupo, ni hacen nada y además son problemáticos. Generalmente el templo

está cerrado solo se abre para el culto, la notaría, salones y hasta el mismo templo suelen estar deteriorados, sin mantenimiento en obra material, el sacerdote solo atiende en su oficina, y a veces hasta de malos modos, y el mismo patrón suelen tener sus colaboradores: notaria, sacristanes, coordinadores de grupos.

El Párroco y su parroquia

Muchos de nosotros inconscientemente, creo yo, actuamos como si fuésemos dueños de la parroquia, nosotros decidimos solos, no pedimos consejo, es más, el equipo coordinador básico lo tenemos para que nos escuche nada más, no para reflexionar juntos, porque allí mandamos y también decidimos lo que se debe hacer, nos volvemos como caciques, incluso ya no decimos la parroquia sino: Mi Parroquia. Muchas veces no tenemos plan pastoral y si lo tenemos, lo hacemos, no con el caminar diocesano, sino con el nuestro, so pretexto, que el plan diocesano está en marcha y que además su metodología no se entiende, y terminamos haciendo de toda la acción pastoral como un pequeño feudo, llamado parroquia, donde gobierna un párroco.

Servicio Funcional

Hemos convertido el servicio parroquial en un servicio funcional, entendemos que debemos funcionar bien como servidores al servicio de una comunidad, el problema es el trato que tenemos con las personas que colaboran en la parroquia, es un trato funcional, y muchas veces burocrático, les hacemos ver su suerte a las personas, porque no las atendemos como hermanos que somos al profesar la misma fe, como que se nos olvida que somos pastores, y nos comportamos como patrones, como jefes, tratamos mal a las personas, las citamos y no llegamos, también suele pasar que como desconocemos el derecho canónico, y nos cuesta preguntar a algún hermano sacerdote,

se nos hace muy fácil mandar a las personas en algún asunto sencillo, al azobispado, cuando es algo que no se necesita. A los agentes muchas veces los vemos y los tratamos como si fueran trabajadores, o a veces en algunos lados no es el párroco el que hace todo lo mencionado anteriormente, sino alguna notaria o alguna sacristana o alguna hermana del sacerdote la que se encarga de que la parroquia “funcione”.

El Narcisismo

Si bien se puede aludir a una serie de rasgos propios de la personalidad normal, el narcisismo puede también *manifestarse como una forma patológica extrema en algunos desórdenes de la personalidad, la persona sobreestima sus habilidades y tiene una necesidad excesiva de admiración y afirmación.*

134

Características principales de este desorden mental (patología)

- **Exagerado sentido de importancia**

Tiene un afán desmedido por sentirse importante y va hacer todo lo posible para conseguirlo. No le importa pisotear a los demás o lastimarlos, todo lo que sume a sentirse importante lo va a buscar y hasta lo va pelear.

- **Falta de Empatía**

Como la persona está girando alrededor de sí misma, no le importan los demás y los gestos y actitudes que puedan afectar una relación amistosa, para este tipo de personas no interesa, él se siente bien y eso es lo importante, no importa lo que los demás puedan

sentir cuando están interactuando con él. Pareciera que los afectos no existen en su persona.

- **Obsesión por el dinero, el poder y la fama**

Aunque pudiéramos pensar que estas expresiones ni siquiera evangélicas son, las personas con este desorden, en el fondo andan buscando eso, y muchas veces utilizan las mentiras e hipocresías para conseguirlo, es un ansia por tenerlo que lo pueden disfrazar de mil maneras, la sonrisa complaciente, el buscar amigos influyentes, el círculo en el que se mueven es de gente “pudiente y poderosa” aunque como dijimos anteriormente con la máscara de la pastoral, del servicio, del crecimiento personal, algunos otros son hasta muy obvios, o quizás caen en el descaro. Hay un deseo desbordante por el dinero, por sentirse poderoso y que la gente hable muy bien de él.

- **No acepta fácilmente las críticas**

Él si puede cuestionar todo, y criticar todo y a todos, pero no acepta una corrección, no se le puede decir algo en lo que se equivocó, porque se molesta y hasta deja de hablarle a la persona que se lo diga, y no solo eso, la pone en mal con los demás.

- **Explotadores en las relaciones**

Para este tipo de personas, los demás solo sirven para conseguir sus metas. Suelen ser muy buenos para utilizar a los demás, otra vez tocamos el tema de las máscaras, no le importan las personas, a ellos les importan sus fines, cuando ya han utilizado a la persona la olvidan y la desechan.

• Un incansable deseo de ser admirado

Entendemos que todos tenemos necesidades básicas, que a la mejor no fueron cubiertas, y se volvieron vacíos en nuestra vida, como es el de ser reconocido y valorado, cuando hablamos de este desorden como un deseo incansable, nos referimos en manera superlativa de a toda costa buscar ser admirado, es decir que los demás le reconozcan y valoren lo que es y sus capacidades, y entonces la persona se afana no por hacer las cosas que debiera hacer de manera normal, sino que en el fondo la intención es que al hacerlas se den cuenta, se le reconozca como alguien especial, y es necesario, la mayoría de las veces, que se le diga, y si eso no sucede se siente muy incómodo, incluso si no es admirado por los demás, va seguir buscando la forma de seguir haciendo cosas para lograrlo.

• Se cree especial

Y por los mismo, esta persona piensa que solo puede ser entendido por personas especiales, y por lo tanto, la acepción de personas es muy marcada en sus relaciones, podemos decir, es elitista en escoger a sus amistades, a veces los escoge por el dinero, por la belleza, por la fama etc... Y esto generalmente es muy notorio, pero para él, allí está el punto de ser especial, que no es del montón.

• Se siente con derecho a todo

Este tipo de personas considera que tiene derecho a todo, porque como dijimos anteriormente, él es especial, y por lo mismo piensa que lo que se le antoje y sus planes, ideas y gustos tienen que ser consideradas como lo mejor. También lo que quiera en antojos, en personas, en añoranzas, se le tiene que cumplir, y cuando esto no ocurre se molesta, grita, amenaza, difama, como decimos vulgarmente,

se pone bravo, porque como él cree que tiene derecho a todo y no se cumplieron sus gustos y caprichos, utiliza toda su frustración para hacer daño.

- **Envidioso**

No solo envidia a los demás, sino que el cree que la mayoría lo envidian a él, porque pues, es especial. Andará buscando no ser mejor, sino lo mejor para sentirse bien, y cuando a los demás les va mejor que a él, se siente amenazado, frustrado, enojado y utilizará todas las artimañas posibles para alcanzar lo deseado o difamar o devaluar lo que los demás logran y él no ha podido lograr. Además, cuando no logra lo deseado hace sentir culpables a los demás, porque para él son causa de alcanzar sus deseos.

- **Soberbio y Orgulloso**

137

Siempre está por encima de los demás, es difícil verle sirviendo o haciendo tareas que para él sean humillantes o de rebajarse, como es barrer, trapear, sacudir, formarse en una fila como para que lo despachen, llámeselos tortillería, carnicería o hasta el mismo banco, porque simple y sencillamente, en su esquema mental no está que una persona como él tenga que estar al mismo nivel que los demás. Cuando le toca por necesidad hacer eso, anda de mal humor, disgustado y si es posible pone su queja para que otra vez no les ocurra hacerlo esperar. La otra estrategia es buscar la amistad de los dueños de esos lugares para que le otorguen los privilegios deseados.

- **Materialista**

Como ya hemos mencionado que lo que le importa es sobre salir por encima de los demás, anda buscando lo que le ayude a conseguir

sus objetivos, es una persona muy materialista, amante de las marcas, de diseños exclusivos, si tiene dinero despilfarra en este tipo de cosas, de restaurantes caros, carros costosos, perfumes, viajes y todo tipo de gustos que le satisfagan su necesidad, que dijimos en el fondo es estar por encima y ser reconocido. Sino tiene dinero buscará la manera de juntarse con este tipo de personas para sentirse bien, y luego las va a publicar por las redes sociales. Porque es importante que se den cuenta quien es él.

Nota: es importante destacar que el Narcisista es la base de un abusador sexual. Casi siempre detrás de una persona que comete abusos de tipo sexual, hay un narcisista.

Una iglesia que se mira a sí misma y deja de ser sal y luz.

La Sinodalidad

Es hacer efectivo lo que el Señor nos pide, y que el Papa Francisco ha acuñado y ha promovido como forma de hacer Iglesia: Es caminar juntos, pastores y fieles y él mismo nos trata la ruta: “Una iglesia sinodal es una iglesia de la escucha, una escucha recíproca. Recorrer juntos el camino como Pueblo de Dios. (Papa Francisco en el 50 aniversario de la institución del Sínodo de los obispos, 17 octubre de 2015)

Implicaciones para vivir la Sinodalidad

A) Un estilo de vida, es un modo de vivir en su ser y su misión como iglesia, y la mejor manera de manifestarlo es en la escucha comunitaria de la Palabra y la celebración de la Eucaristía, la fraternidad de la comunión y la corresponsabilidad y participación del todo el Pueblo de Dios, en sus diferentes niveles y en la distinción de los diversos ministerios y roles, en su vida y en su misión.

B) La revisión y renovación de estructuras y procesos eclesiales, que en discernimiento en el Espíritu desdicen la identidad de la iglesia como Pueblo de Dios.

C) La realización puntual de aquellos acontecimientos sinodales en los que la iglesia es convocada por la autoridad competente para discernir su camino y cuestiones particulares, y para asumir decisiones y orientaciones con el fin de llevar a cabos su misión evangelizadora.

El PGP (No. 18), describe con cuatro características esta búsqueda de sinodalidad en nuestra iglesia aquí en México

1.- *Sinérgica*: es decir, la diversidad de los esfuerzos que cada uno realiza, se integre en un trabajo y con una dirección comunes, de manera que las energías de todo converjan en la obra común, dócil al Espíritu Santo, para obtener frutos de evangelización.

2.- *Transversal*: es decir que la diversidad de comisiones y dimensiones y otras instancias de organización eclesial, en todos los niveles, nacional, diocesano y parroquial, se hagan cargo de un problema que involucra a todos, aportando cada una desde su propio ámbito de acción, pero con comunicación y circularidad permanentes.

3.- *Subsidiario*: es decir, que las distintas estancias del cuerpo eclesial se hagan cargo de todo, solidariamente, pero de tal manera que todos asuman su responsabilidad, y las instancias menores, no sean suplidadas por las mayores, a menos y en medida que éstas no puedan cumplir su propio deber.

4.- *Gradual*: es decir, que se respeten procesos, con paciencia y perseverancia, manteniendo la ruta en la dirección buscada.

Después de esta descripción un poco basta y doctrinal sobre una Iglesia (sacerdote) que vive en la autorreferencia y por otro lado el paradigma de una Iglesia en salida y Sinodal, ¿qué podemos hacer concretamente nosotros sacerdotes?

La Solución a todo es la Apertura al Espíritu Santo que todo lo renueva y lo transforma, pero podemos desglosarla en dos sentidos.

1.- A nivel humano:

- Ser conscientes de nuestro yo real, es decir darnos cuenta quienes somos (identidad). Apostar por nuestra identidad, para ser conscientes que posiblemente muchas de las cosas descritas aquí arriba, tienen que ver conmigo. (Narcisismo)
- Desarrollar la capacidad de escuchar: hemos perdido muchos de nosotros la capacidad de escuchar a los demás, y escuchando aprendemos y nos corregimos.
- La opción por pequeños grupos de vida sacerdotal, que aporten desde la corrección fraternal, elementos humanos y espirituales, que ayude al desarrollo humano y ministerial del sacerdote.
- El cultivo de las virtudes en especial de la humildad, para ir desterrando cada vez más, el clericalismo, que tanto daña a la iglesia.
- El no dejar de lado la Dirección Espiritual, que nos ubica y nos pone en camino a una conversión permanente y a una espiritualidad más consolidada.

- El pedir ayuda Profesional, cuando se requiera, para tener herramientas que nos puedan aportar mayor salud emocional y menos desórdenes mentales.

2.- A nivel pastoral

Integrándonos al camino común:

- Reconocer y valorar el propio bautismo como una inserción viva a la comunidad eclesial y aportar los propios talentos y tareas, para ofrecerlos con generosidad a labor común.
- Interesarme por conocer los procesos eclesiales que se están dando y las condiciones y circunstancias en las que nos encontramos, para realizar la propia aportación en el camino fraternal.
- Abrirme a los demás con actitudes de escucha, condescendencia, interés, solicitud, y flexibilidad, colaborando y ofreciendo mi tiempo y mis recursos para el beneficio de todos.
- Participar en el decanato aportando con mi presencia y mi voz, y así ir creando un grupo cada vez más fraternal y sinodal.
- Revisar mi vida de pastor, para que en discernimiento con el Espíritu Santo, mi ministerio sea más fecundo.

Notas

Notas

Notas